

Sublimación en los adolescentes de estos tiempos

TRABAJO FINAL DE GRADO

29 DE OCTUBRE DEL 2015

ESTUDIANTE: CRISTIAN DARÍO BUSTOS FERRÁZ

C.I. 3.858.275-3 MONTEVIDEO

TUTORA: MAGDALENA FILGUEIRA



Resumen

La presente monografía se propone auscultar y reflexionar acerca de las posibilidades de sublimar que brinda la sociedad contemporánea local a nuestros adolescentes.

Para la conformación del trabajo ha sido elemental el rastreo y el entendimiento de conceptos que hacen a la esencia de la temática aludida. Nociones oriundas del psicoanálisis, junto a otras tal vez más vinculadas a las ciencias sociales, se tornaron en los cimientos teóricos que permitieran erigir una estructura conceptual modestamente articulada.

Por lo tanto, ideas como pulsión, sublimación, adolescencia, cultura, institución y contemporaneidad; son disparadores que independientes o juntos invitan a pensar sobre las contingencias del adolescente en la actualidad.

El recorrido elaborado contó con la invaluable ayuda del precursor de la doctrina psicoanalítica: Sigmund Freud. Su obra plasmada en más de cincuenta años de trayectoria y proyectada a la inmortalidad, abre puertas hacia la comprensión del ser humano, apoyándose en la observación particular del sujeto y también en la contextualización social y cultural que lo contiene.

Además de lo mencionado de Freud, otros autores nutrieron esta faena que siempre pretendió aproximarse a una perspectiva que nos permita poder pensar, y no tanto el palpar verdades que con el corrimiento evolutivo de los años se pueden evaporar.

En efecto, cierta proximidad de trabajo con adolescentes dentro del ámbito de la educación, también ha permitido hilvanar sus experiencias con la teoría que la práctica logra adosar. Esperando que queden abiertas otras puertas que muestren futuros caminos para explorar.

PALA BRAS CLAVE: Pulsión, Sublimación, Adolescencia, Institución

Índice

1- INTRODUCCIÓN	1
2- FUNDAMENTACIÓN	4
3- PULSIÓN	8
4- DESTINOS DE PULSIÓN	13
4.1 SUBLIMACIÓN	15
5- ADOLESCENCIA	19
6- CULTURA	23
6.1 INSTITUCIÓN	26
6.2 INCLUSIÓN Y EXCLUSIÓN SOCIAL	28
7- ESTOS TIEMPOS	32
8- ALGUNOS CASOS	35
9- CONCLUSIÓN	40

INTRODUCCIÓN

A comienzos de esta década que transcurre comencé mi intenso recorrido en la formación de grado de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República Oriental del Uruguay; viaje académico que se inició en el año 2011 impulsado por las contenidas ganas de adentrarme en los necesarios conocimientos para aproximarme a una mejor comprensión del psiquismo humano. Actualmente han pasado cuatro años de ese inicio mencionado y el periplo me ubica en la elaboración del Trabajo Final de Grado, por lo que las subsiguientes líneas tratarán de elucidar la temática central del presente escrito.

El asunto eje que escogí como guía para el desarrollo de la labor encarada es el de “Sublimación en los adolescentes de estos tiempos”. El interés por este tópico nació a partir de mi pasaje por una práctica anual del Ciclo Graduación de la formación de grado en psicología durante el año 2014, llamado “Simbolización y subjetivación en contextos educativos. Novela de la (des) afiliación. Inclusión/Exclusión social: articulación educación-clínica”. En el mencionado marco y desde el enfoque de futuros psicólogos, se intentó realizar cierto análisis de la dinámica institucional e intervenir en las diferentes problemáticas individuales y grupales de una selección predeterminada de estudiantes.

La mencionada experiencia que se realizó en el liceo 37 Dr. Javier Barrios Amorín, situado en la zona de Curva de Maroñas; es promovida por la Profesora Adjunta Magister Magdalena Filgueira, coordinadora del programa Simbolización y Subjetivación en Contextos Educativos. Infancia y adolescencia. Proyecto vinculado al Instituto de Psicología, Educación y Desarrollo Humano de la Facultad de Psicología.

El centro educativo que nos abrió sus puertas recientemente había inaugurado nuevo local, trasladándose de su sede anterior ubicada sobre la Avenida 8 de Octubre a este nuevo espacio que brinda mejores condiciones edilicias que se ven reflejadas en una visible amplitud de infraestructura. Un extraordinario patio en el acceso, en el cual los estudiantes desempeñan las actividades deportivas curriculares e informales es además el punto de encuentro en que los chicos pueden interactuar en la refrescante intemperie. Asimismo, otro detalle de importancia que merece ser subrayado es que el edificio es cedido y compartido por el Colegio Domingo Savio, plasmándose una incontestable división institucional en un muro indicador de posiciones dentro de la escala social.

Por otra parte los adolescentes provenientes del vetusto local, arribaron a las comodidades brindadas por el desconocido local, pretendiendo dejar atrás las incomodidades no encontradas en el espacio que los agrupaba. A este traslado locativo se le suman

Sublimación en los adolescentes de estos tiempos

numerosos aspectos a regenerar del entrelazado vincular constitutivo del dinamismo institucional. Teniendo esto en cuenta, considerar la relación entre los alumnos, esos semejantes que recorren probablemente por la etapa de mayor complejidad y cambios que nos puede presentar la vida (la adolescencia), fue algo esencial para cada uno de los pasos dados a la hora de abordar nuestra tarea.

A lo expresado se suman factores que participan de forma activa en la realidad de estos chicos; la endeble situación familiar, social y económica de una cantidad nada menor de ellos, convive cotidianamente con los puntos de vistas rancios de ciertas autoridades relacionadas a la educación, rebajando en varios casos toda expectativa de evolución académica y social de su alumnado.

Otra práctica que motivó mi inclinación hacia esta temática es la rutina clínica semanal efectuada dentro del servicio acordado con la Comisión Fomento de la Unión, llamado Clínica Psicoanalítica de la Unión. Situación que fue mi primera experiencia en la que me posicioné como psicólogo en un abordaje clínico individual. Este es el caso de una alumna del Liceo 37 a la que llamaré Silvina, una adolescente que llegó al consultorio a compartir experiencias de su intrincada vida. Fue así que Silvina de 13 años de edad, consultada por la psicóloga del centro estudiantil sobre la posibilidad de acercarse a charlar con un psicólogo (en mi caso estudiante de psicología), decidió aprovechar una oportunidad de la que no tenía del todo claro su metodología.

Por lo tanto el análisis particular con Silvina y las visitas constantes semana a semana en el correr de nutridos meses, me permitió recapacitar sobre las vivencias y las cualidades del universo adolescente en la actualidad. Considerando así las diversas tramas que repercuten en lo explícitamente visible de sus despliegues habituales y vislumbrando las cosas que se manifiestan desde lo profundo de la intimidad, pudiendo palpar mediante entrevistas y observaciones los roles cumplidos de diferentes instituciones como la familia, la sociedad, el estado, la religión y la educación formal entre otras tantas.

Llegados a este punto, el contacto con las situaciones señaladas me llevaron a meditar qué sucede con el mar de fondo pulsional propio de la adolescencia; valorando la prolongada y complicada transición de la niñez a la adultez, etapa que se enreda con los cambios de paradigmas que desestabilizan las certezas previamente conocidas.

Mi objetivo es tratar de entender de qué modo los adolescentes hoy en día manejan sus cargas pulsionales en estos tiempos de post modernidad. Cómo encara la muchachada sus tensiones pulsionales diarias con el desencanto de estos tiempos sin metarrelatos que contengan la realidad del mundo actual; sumándose a esto la debilidad de instituciones

tradicionales que con su propia mutación también alteran de cierta manera las coordenadas particulares del sujeto y sus respectivas acciones.

Por lo cual los pilares de este Trabajo Final de Grado será orientar las interrogantes respecto a los destinos pulsionales de los chicos en etapa liceal. Puente por el que se cruza de manera solitaria aunque en el mejor de los casos preexistan fuertes contenciones mitigadoras, y en muchos otros no.

Con respecto al acercamiento establecido en la experiencia individual o grupal, vale comentar aunque suene redundante que me permitió observar diferentes circunstancias de la adolescencia, mediante acciones o comentarios, estimulándome la curiosidad respecto a la carga pulsional juvenil. Por ende, la carga afectiva puesta en juego y la variabilidad de objetos depositarios de pulsiones de vida y de muerte plasmados en las realidades individuales y culturales de los adolescentes, me guiarán en las siguientes páginas. El identificar cuáles son los abanicos de contingencias que se brindan en la actualidad para destinar los deseos que requieren al menos ser efímeramente saciados, será lo que trato de dilucidar; para pretender marcar las fuerzas pulsionales gobernantes de voluntades que parecen ajenas y no lo son.

Por consiguiente pensar qué posibilidades existen en el universo social, para que el adolescente destine su energía pulsional me lleva a encaminar por este andar. En este sentido notar los elementos puestos en juego en el liceo como la pulsión de muerte en ocasiones canalizadas en absurda agresividad, o la pulsión sexual a flor de piel puesta de manifiesto constantemente, cobran tal vigor que la sublimación se torna una meta acertada para la defensa de quien se nota presionado por el empuje pulsional.

En definitiva espero que la monografía presentada plasme las inquietudes brotadas en relación a las metas sublimatorias que puedan hallar los adolescentes en la actualidad. Intuyendo que la capacidad de sublimar cobra un rasgo de envergadura para el bienestar psíquico del sujeto y el contexto social al que pertenece. Por lo que pensar y repensar cuales pueden ser los desplazamientos pulsionales resultaría productivo no solo para quien concreta su respectiva meta, sino que del mismo modo daría frutos culturales al colectivo social.

Además la optimización pulsional emprendida en la sublimación, resultaría provechosa para el desarrollo evolutivo de los jóvenes, logrando cierta transición social que se retroalimente con los intereses de la comunidad. Comprendiendo que esta última se edifica a partir de una saludable consonancia cultural, se ve exigida en abrir posibilidades ciertas en las que los chicos logren simbolizar y así darle un efecto si se quiere elevado a la influencia pulsional.

A lo mejor de ese modo, el adolescente mitigue el padecimiento forzado por la herencia social que lo margina, ya sea por la precariedad económica separatista o el estatuto de joven difícil de encajar en el orden esbozado para adultos y nadie más. Finalmente, descubrir y poner el foco en los enlaces entre pulsión y creación; o la pulsión y la incapacidad de sublimación, es lo que trato en esta moderada misión.

Fundamentación

Un asunto que sin dudas ha ganado terreno en la temática cotidiana de los uruguayos es el de la adolescencia; ya sea por la insistencia de los medios de comunicación quienes se han encargado de ponerlos en la agenda a través de sus amplios dispositivos, debido básicamente a razones de corte político o económico. En cuanto a la potencia que poseen los medios de comunicación es pertinente subrayar las ideas de Marcelo Viñar (2009), quien declara que los mass media construyen desde su ideología la realidad virtual que se ajusta a sus intereses, aplicando mediante el ejercicio de la retórica una realidad en ocasiones alterada, desplazando y sustituyendo lo que realmente es. Nobleza obliga a reconocer que está claro que no solo el bombardeo temático de los medios incita a detenerse respecto al joven y sus circunstancias.

En efecto, y en concordancia a esta etapa de la vida, el psicoanalista argentino Luis Kancyper (2007), sostiene que es de alto valor debido a las amplias posibilidades de descubrimientos y conquistas inéditas que el sujeto puede alcanzar. Por lo tanto el quiebre que deja atrás a la niñez, es el “punto de partida, es el tiempo que posibilita la apertura hacia nuevas significaciones y logros a conquistar, dando origen a imprevisibles adquisiciones” (Kancyper, 2007, p.46).

La crisis de la educación acentuada en el nivel secundario y las acciones delictivas juveniles que sirven para pincelar de amarillismo al espectáculo de la noticia televisiva, pone de algún modo sobre la mesa la temática del adolescente y sus contingencias. Es imprescindible no dejar de pensar en qué situación se encuentra posicionada la muchachada en este universo regido por reglas de juego exitistas; reglas con las cuales los adultos probablemente oscilen entre el fracaso y el éxito, descuidando por el trajinar de los compromisos algo conocido como dignidad. Conviene subrayar que: “El adolescente lo confronta con una nueva mirada que, en su aparente y candorosa ingenuidad, desnuda al adulto y le hace advertir los absurdos a los que se había acostumbrado” (Kancyper, 2007, p.53).

A lo mencionado se suma un sistema que con variados intereses bordean la problemática concerniente a la figura del adolescente sin llegar a dar respuestas comprometidas y

ponderadas, haciendo discursos vacíos que descuidan las situaciones constitutivas concretas de los jóvenes pertenecientes a este lapso y tiempo particular. Las verdades de otrora no dan respuestas a las inquietudes resonantes del presente, volviéndose imperiosa la ubicación de soluciones. La legitimación promovida por relatos envejecidos, entró en desuso debido al carácter obsoleto de su contenido, concerniendo a cierta modificación de valores que se hilvanan a un fuerte recambio institucional. “La función narrativa pierde sus funtores, el gran héroe, los grandes peligros, los grandes periplos y el gran propósito.” (Lyotard, 1987, p.4).

Como resultado cierta grieta de sentido desestabiliza el camino a recorrer por los jóvenes de estos días, no logrando acomodar el cuerpo a proyectos e ideas que pretenden ser articuladas con verdades no del todo compatibles con la materialidad. Se puede suponer que de un mundo signado por grandes ideales, promotor de colosales causas, pasamos al vertiginoso presente en el que cuestan plasmarse razones fijas para creer y anclar. Orden global en el que paulatinamente se fue pasando de afirmaciones firmes a enunciados movedizos, y del adoctrinamiento secularizado a otro sofisticado y comercial.

Entender cómo y dónde quedan parados los adolescentes en estos tiempos es lo que habrá que ensayar, procurando comprender la situación actual desde la base de una mirada Freudiana adecuada al lente de la postmodernidad. El esfuerzo por reflexionar en relación a las pulsiones y su contexto debe ser el compromiso fundamental de este trabajo; valuando la adaptación o no adaptación a las reglas de juego impartidas por esta gran corporación humana llamada sociedad. En consonancia, ese adolescente acarreador de notable fibra pulsional, empuja hacia su meta con el propósito de satisfacer su apetencia primitivamente adquirida. Tal como nos enseña Freud (1920):

La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, en las palabras del poeta, ‘acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante’ (p.42).

A su vez, algo tan común como particular de cada uno de los sujetos: la insaciable necesidad pulsional; hace su juego acoplándose o no a la demanda colectiva. Hablo de aquello que como seres humanos nos lleva constantemente a buscar algo que no sabremos si se encontrará, ese objeto que en realidad no es uno fijo sino que variará en distintas contingencias propiciadoras de lograr momentáneamente satisfacer el voltaje pulsional. El rasgo inquietante y movilizador tan característico de la especie humana, es el extremo

natural de este asunto, que confluirá con la expresión artificial más valorada por los mortales: la cultura.

El adolescente, quien se ve sacudido por cierta metamorfosis corporal y hormonal, también se ve conmovido por una esperable revolución psíquica. La transformación de sus referencias modifica también sus espejos identitarios, orientando su reordenamiento personal. Este giro hará que el sujeto se reapropie de conocidos relatos afinándolos en mejor sintonía con su perspectiva actual. Según Viñar (2009):

En el seno de ese proceso de reapropiación identitaria durante el empuje pubertario se tejen o traman las coordenadas y los itinerarios de un proyecto de vida, los dilemas de la vocación, el parto de una singularidad y de un estilo. Este proceso, largo y difícil, lejos de ser una reflexión metódica (y discursiva) es una mezcla entre la lucidez y la fantasía omnipotente o el delirio de grandeza, con momentos de tedio y de anonadamiento, y otros de turbulencia y fulguración, con cascadas y remansos, como un río de montaña (p.29).

Habría que recalcar que ese horizonte generacional complejo por naturaleza, es abrazado por las vicisitudes pulsionales prorrumpidas en esa etapa puntual, por lo que observar y problematizar en qué condiciones los chicos afrontan su situación es algo que se torna imprescindible. Por ende puntualizar de qué forma participa el componente social en todo esto, servirá para señalar la sintonización de los recorridos pulsionales en el engranaje cotidiano. Concibiendo la disposición de los diferentes estamentos que conforman el universo cultural, sabremos si existen las suficientes posibilidades que habiliten el mecanismo de defensa del yo, elaborador de cierto desvío pulsional: la sublimación.

En efecto, los enviones pulsionales característicos del ser humano y distinguidos del instinto animal, se tornan algo así como el factor energético de la actividad de todo sujeto. Potencia incesante que requiere su mitigación mediante algún objeto variable que la descargue para luego recomenzar. El hombre (por supuesto que me refiero a la especie), este animal desnaturalizado por lo cultural pero lo suficientemente silvestre en su vitalidad, se ve doblegado por la tensión que las pulsiones ejercen entre lo psíquico y lo somático. El individuo, en este caso el adolescente, personaje central de esta monografía, se defiende como puede de esa fuerza que pulsa presionándolo hacia la acción.

Además de la represión cazadora de representaciones pulsionales psíquicas referidas por Freud (1915), otros mecanismos defensivos toman relevancia para el yo. La transformación en lo contrario, transmutando el fin de la pulsión en lo diametralmente opuesto (ejemplo: el voyerismo en exhibicionismo), o la vuelta sobre sí mismo puede ser otro recorrido que escoja la pulsión para alcanzar su meta, pudiendo girar también desde sí hacia el otro tal como lo expresaba Freud (1915). El cuarto destino de pulsión a valorar es el de

Sublimación, recorrido que pretendo contemplar debido a su capacidad creadora más allá de las defensas, teniendo en cuenta que pone a prueba la pujanza interior de la persona, desplazando las mociones pulsionales a representaciones mejor valoradas por la sociedad.

Actividades de la talla del deporte, la música, las artes plásticas, la literatura, la política, la danza, el teatro o el trabajo intelectual, entre tantas otras, se muestran como eventualidades provechosas para una mejor condición psíquica y emocional de la muchachada. La imposibilidad de llevar a cabo el acto de sublimar repercutiría además (hecho no menor) en un malestar de repercusión integral para los chicos, adoptando también un importante valor el entorno.

Rastrear cuáles son las ofertas sublimatorias para los adolescentes en esta contemporaneidad será un atrevimiento imperioso y atrayente para aproximarse a una mínima comprensión del vínculo entre las instituciones y los adolescentes. Labor que asimismo obliga a tener en cuenta el entendimiento de la etapa histórica en que nos paramos: postmodernidad. “Lo posmoderno no es una moda, ni una casualidad; implica una fuerte modificación de las condiciones culturales, a la par que una recomposición de las formas de la subjetividad. Responde a condiciones objetivas de agotamiento de la cultura moderna” (Follari, 2006, p.2)

En tiempos de lógica de mercado en el que el dinero es dios, conjeturaremos qué posibilidades de sublimar pulsión existen hoy para los chicos. Por qué canales se expresan las habilidades creativas pulsadas desde el profundo interior del ser, es tan importante como identificar qué ofrece la sociedad para que la imaginación adquiera su potencia. En cambio, escenarios de vulnerabilidad social, económica, psíquica y de vida, dan cuenta de perspectivas sumamente complicadas respecto a las alternativas sublimatorias que sirvan para progresar. Mientras que comparar las ofertas institucionales efectivas para sublimar en un mismo tiempo y en una misma ciudad, dará cuenta de la penosa disparidad esparcida.

Es por todo esto que discernir las condicionantes entremezcladas en la determinación de la coyuntura adolescente, signifique un lance de dimensiones tan difíciles como inciertas. Distinguir dónde comienza y termina la cuestión que acometo, sinceramente es algo arduo de explicar; “adentro y afuera coinciden y hacen al sujeto. Referirse a un punto siempre alude a otro. El ir y venir es constante” (Frigerio, 2005, p.12).

Pulsión

Al referirnos a pulsión nos estamos enfilando en una noción patrimonial del psicoanálisis. El mentor de esta doctrina, Sigmund Freud, fue quien introdujo esta noción a lo largo de su obra; concepto que pretende describir las fuerzas internas del ser humano. Potencia oriunda de fuentes biológicas y representadas psíquicamente que avivan al sujeto a la movilidad y la acción.

La expresión original esgrimida para sintetizar esta idea fundamental del psicoanálisis fue *Trieb*, enunciado alemán que significa empuje, traducido como impulso o pulsión. O sea que desde una perspectiva psicoanalítica, explica la excitación corporal generadora de tensión, que lleva al organismo a la necesidad de descargarse, alcanzando alguna meta mediante un objeto.

El origen de 'Trieb' se extiende hasta el primer milenio de nuestra época Chr. *Trieb* se deriva de su antecedente germánico *Trift*. A partir del s. XI, *Trift* adopta el sinónimo latín *impulsu*, para ser sustituido a partir de s. XIII por *actionis* (latín), ya más específico del término actual que hace referencia a la relación entre impulso (pulsión) y acción (González, 2008, p.3).

En 1895 el Dr. Freud en su Proyecto de una psicología para neurólogos utilizaba el término pulsión al hacer referencia a la inquietud endógena que estimula desde el interior del cuerpo hasta el psiquismo. James Strachey (1955), psicoanalista británico traductor de las obras de Freud al inglés, nos cuenta en la introducción de *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), que la palabra "trieb" se encuentra en los trabajos del período de Breuer, en las correspondencias con Fliess e inclusive en la interpretación de los sueños. Pero será en los Tres ensayos sobre una teoría sexual (1905) donde señalará con mayor precisión la relación que tienen las pulsiones con la sexualidad y la psiconeurosis.

Desde que nacemos y hasta el final de nuestros días, los seres humanos contamos con una serie de fuerzas que nos impulsan desde la profundidad de nuestras entrañas, estimulando nuestro psiquismo según ilustra Freud (1905). Vigor constante que no concluye y nos moviliza en la búsqueda de ese objeto circunstancial que repare el apremio emitido desde nuestro ser, para luego volver a estallar sucesivas veces. Es ni más ni menos que la energía pulsional de la que nunca podremos fugar mientras un mínimo de expresión vital diga presente en el organismo: "puesto que no ataca desde afuera, sino desde el interior del cuerpo, una huida de nada puede valer contra ella" (Freud, 1915, p.114). De ahí que es apreciable remarcar que el estímulo pulsional es meramente endógeno con respecto al organismo, mientras que los estímulos fisiológicos responden a lo externo teniendo la posibilidad de evitarlos mediante alguna acción.

Sublimación en los adolescentes de estos tiempos

Es posible que el concepto pulsión acarree cierta ambigüedad, siendo éste revisado por Freud durante gran parte de su obra; en ese sentido respecto a las pulsiones expresó que son “el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica” (Freud, 1920, p.34), lamentándose tiempo atrás de “la total inexistencia de una doctrina de las pulsiones que de algún modo nos oriente” (Freud, 1914, p.75).

En cuanto a la expresión moción pulsional, usada corrientemente en los textos freudianos, fueron vistas recién en una producción del año 1907 Acciones obsesivas y prácticas religiosas (p.107), no queriendo decir con esto que recién a partir de este artículo las pulsiones estuvieran presentes en la incipiente construcción del psicoanálisis. James Strachey en la nota introductoria de Pulsión y destinos de pulsión reconoce que las pulsiones estaban presentes con otras denominaciones, señalando a: “las ‘excitaciones’, las ‘representaciones afectivas’, ‘las mociones de deseo’, los ‘estímulos endógenos’, etc.” (Strachey, 1955, p.110).

Avanzado ya el siglo XX con un Freud extinto, más precisamente en el año 1967, se edita el Diccionario de Psicoanálisis escrito por el destacado psicoanalista francés Jean Laplanche, junto a su compatriota y colega Jean-Bertrand Pontalis; libro considerado de ahí en más como material de consulta para estudiantes de psicología y profesionales de la salud mental con fuerte inclinación psicoanalítica. No siendo la excepción este caso, tendremos en cuenta al reconocido diccionario de Laplanche, Pontalis (1967), para buscar la definición dada al concepto de pulsión:

Proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin (p.324).

De la definición de pulsión del diccionario de Laplanche y Pontalis se pueden resaltar las particularidades ligadas a las nociones de dinamismo, consistencia, energía y motilidad. Todos factores que hacen a la esencia de la pulsión, y que a groso modo nos permite sacar una fotografía de su naturaleza. A todo esto es apropiado recordar que la pulsión “aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1915, p.117).

En los albores del siglo pasado Sigmund Freud (1905), daba cuenta de la puesta en juego de las pulsiones sexuales en sus pacientes neuróticos:

debo anticipar, repitiendo lo que he dicho en otras publicaciones, que estas psiconeurosis, hasta donde llegan mis experiencias, descansan en fuerzas pulsionales de carácter sexual. Con ello no quiero decir que la energía de la pulsión sexual preste una mera contribución a las fuerzas que sustentan a los fenómenos patológicos (síntomas), sino aseverar expresamente que esa participación es la única fuente energética constante de las neurosis, y la más importante, de suerte que la vida sexual de las personas afectadas se exterioriza de manera exclusiva, o predominante, o sólo parcial, en estos síntomas (p.148).

Se aprecia entonces la importancia concedida a las pulsiones, basándose en las experiencias surgidas de un ámbito tan reservado y genuino como es la instancia clínica. Hay que mencionar además, que es de fuste el valor constante de las pulsiones subrayado por Freud, siendo éstas una suerte de combustible de los padecimientos neuróticos del sujeto. Observando la misma fuente energética en casos de histeria: “los síntomas son un sustituto de aspiraciones que toman su fuerza de la fuente de la pulsión sexual. Armoniza plenamente con ello lo que sabemos sobre el carácter de los histéricos” (Freud, 1905, p.149).

Se remarca entonces la condición pujante de la pulsión como elemento que genera motilidad en los sujetos. En efecto la pulsión es algo inmanente a la persona con lo que deberá cargar; en ese detalle nada menor se manifiesta parte de su complejidad, debido a la no independencia del sujeto respecto a la fuerza pulsional. Por lo que canalizarla de manera favorable para sí mismo y hacia lo exterior es un desafío a ejecutar no necesariamente reflexivo y por consiguiente consecuente en la perspicacia del individuo. Las pulsiones no muestran peculiaridades concretas por sí mismas, adquiriendo sí ciertos rasgos específicos dependiendo de sus fuentes somáticas y sus metas. “La fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano” (Freud, 1905, p.153).

La observación clínica permitió a Freud, observar que la raíz de las afecciones neuróticas tenía un conflicto entre los reclamos de la sexualidad y los del yo (1915). De ese modo, comenzó a abrir las primeras distinciones en cuanto a las pulsiones, la división entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo, también conocidas como de autoconservación. A las pulsiones sexuales Freud (1915) las definía como:

numerosas, brotan de múltiples fuentes orgánicas, al comienzo actúan con independencia unas de las otras y sólo después se reúnen en una síntesis más o menos acabada. La meta a que aspira cada una de ellas es el logro de placer en el órgano (p.121).

Mientras que de las pulsiones de autoconservación podemos indicar que son “el conjunto de las necesidades ligadas a las funciones corporales que se precisan para la conservación de la vida del individuo” (Laplanche, Pontalis; 1967, p.333). Según Freud (1915):

El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie ésta. Él tiene a la sexualidad por uno de sus propósitos, mientras que otra consideración lo muestra como mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de un premio de placer; es el portador mortal de una sustancia –quizás- inmortal, como un mayorazgo no es sino el derechohabiente temporario de una institución que lo sobrevive. La separación de las pulsiones sexuales respecto de las yoicas no haría sino reflejar esta función doble del individuo (p.76).

Y según lo expresado por Freud (1920):

Las fuentes más proficuas de esa excitación interna son las llamadas “pulsiones” del organismo: los representantes de todas las fuerzas eficaces que provienen del interior del cuerpo y se transfieren al aparato anímico; es este el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica (p.34).

De este modo, el maestro Freud sigue dedicándose al valor de las fuerzas pulsionales, agregando conjuntamente en esta obra iniciadora de su fase final, que las mociones pulsionales descargadas desplegadas en los sistemas inconscientes son diametralmente opuestas a los procesos pre inconscientes. Sentando que en el inconsciente los desplazamientos pueden ser completos y sin reparos, teniendo en cuenta que a nivel pre consciente los resultados arrojados no serían del todo correctos.

Al respecto, el primer proceso indicado, me refiero a los elaborados inconscientemente, es llamado por Freud “proceso psíquico primario” (1920); diferenciándose de los procesos secundarios vinculados con la actividad de vigilia corriente. La correcta ligazón de la excitación pulsional obedecería a cierto trabajo de los procesos secundarios. Un adecuado enlace pulsional daría como resultado el establecimiento del imperio absoluto del principio de placer alcanzando conmoviendo el principio de realidad. No obstante, en el caso de salir mal la ligazón sus efectos según Freud serían comparables a la neurosis traumática (1920).

En cuanto a la repetición y lo pulsional, Freud indica que en esto último se halla una suerte de esfuerzo inherente a lo orgánico activo, “de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas” (Freud, 1920, p.36). La especulación anotada da cuenta del valor sustancial que tiene la historia del sujeto en el recorrido pulsional, condicionando el esfuerzo en miras de restaurar cierta vivencia anterior que se interrumpió por factores exógenos. En el repetir entonces, buscaríamos eso que se oculta debajo de las sombras del psiquismo pero que resulta prácticamente imposible de encontrar; conseguir una arcaica meta a través de viejos y nuevos caminos, según lo expresado por Freud (1920).

Continuando con su experiencia clínica como base de observación primordial, Freud (1920), constató que existen una serie de fenómenos obedientes a cierta tendencia destructiva, al

percibir en sus pacientes indudables indicios a repetir experiencias displacenteras; actitudes que se reiteran más allá del placer. Estas acciones allanaron la comprensión de otro tipo de pulsiones que se alejan de las manejadas hasta ese momento: las pulsiones de muerte.

De esta manera se irá conformando otro dualismo pulsional concatenado con la vida y la muerte. Freud (1920) afirma:

Así, estas células germinales laboran en contra del fenecimiento de la sustancia viva y saben conquistarle lo que no puede menos que aparecérsenos como su inmortalidad potencial, aunque quizá sólo implique una prolongación del camino hasta la muerte. Nos resulta en extremo significativo el hecho de que es la fusión de la célula germinal con otra, semejante a ella y no obstante diversa, lo que la potencia para esta operación o, aún más, se la posibilita. Las pulsiones que vigilan los destinos de estos organismos elementales que sobreviven al individuo, cuidan por su segura colocación mientras se encuentran inermes frente a los estímulos del mundo exterior, y provocan su encuentro con las otras células germinales, etc. Constituyen el grupo de pulsiones sexuales...genuinas pulsiones de vida; dado que contrarían el propósito de las otras pulsiones (propósito que por medio de la función lleva a la muerte), se insinúa una oposición entre aquellas y estas (p.40).

Mientras tanto Freud, procuró indagar el comienzo de esta novedad pulsional que tiende al ser humano a la autodestrucción y/o hacer lo propio con lo externo a él, agrediendo y destruyendo. En ese sentido en Más allá del principio del placer (1920), manejaba la idea de que en algún momento se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida, generándose tal tensión, que derivaron en una primera pulsión. La tensión así suscitada en el material hasta hace poco inanimado habría ocasionado un comienzo pulsional; que procuraría intentar la nivelación que retome a lo que en cierto momento no fue animado. “La meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo” (Freud, 1920, p.38).

Igualmente existe en el sujeto una inquietante vacilación, uno de los grandes grupos pulsionales se lanza hacia adelante para intentar neutralizar las tendencias de destrucción coexistentemente presentes. Además de tender hacia la unión y la formación de estructuras cada vez más complejas; son las pulsiones aspirantes de renovación de vida y su realización. “La libido de nuestras pulsiones coincidiría con el Eros de los poetas y filósofos, el Eros que cohesionan todo lo viviente” (Freud, 1920, p.49). No obstante el otro conjunto pulsional pretende destruir todo lo que se haya construido, reduciendo todo aquello que pueda estar vivo a un nivel inorgánico.

De esta manera Freud comprendió que el universo pulsional se separaba tajantemente en dos vertientes: “pulsiones yoicas = pulsiones de muerte, y pulsiones sexuales = pulsiones de vida” (Freud, 1920, p.51); estableciéndose con luminosidad el carácter dualista de la concepción de las pulsiones, oponiéndolas en pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Sublimación en los adolescentes de estos tiempos

Polarización que también se refleja en la dualidad amor odio, ternura agresión; “tras larga vacilación y oscilación, nos hemos resuelto a aceptar sólo dos pulsiones básicas: Eros y pulsión de destrucción” (Freud, 1938, p.146).

Destinos de Pulsión

En el texto Pulsiones y destinos de Pulsión (1915), Freud definió a la pulsión como “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma” (p.117). En la descripción del caso Schereber (1911), señala a la pulsión como próxima de “lo somático respecto de lo anímico” (p.68); y en Tres ensayos sobre teoría sexual (1905), la explica como representación psíquica de una fuente de estímulos que fluyen en el soma.

Desde una perspectiva psíquica, Freud desarrolla cuatro conceptos en conexión con el de pulsión. Estas cuatro concepciones coordinadas entre sí, y entrelazadas con la pulsión son: esfuerzo, meta, objeto y fuente de pulsión.

La Fuente (Quelle) de la pulsión se entiende como un “proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado (repräsentiert) en la vida anímica por la pulsión” (Freud, 1915, p.118). Sobre el estudio de las fuentes pulsionales, Freud (1915) entendía que no era competencia de la psicología, debido a su origen absolutamente somático. Igualmente, la naturaleza orgánica de las fuentes pulsionales, no dan cuenta de inoperancia en la esfera anímica. Asimismo, según Freud el conocimiento de la fuente desde un punto de vista psicológico se da a través de sus metas (1915).

“Por Esfuerzo (Drang) de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa (repräsentieren)” (Freud, 1915, p.117). Las pulsiones hacen de la fuerza utilizada un rasgo característico de su esencia. El esfuerzo constante, es fruto de la necesidad pulsional que se moviliza pertinazmente hacia cierta meta paliativa.

Al referirnos a Meta (Ziel), por enésima vez apelaremos al maestro de toda esta arquitectura conceptual, Freud (1915) quien sostiene:

... es la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. Es cierto que esta meta última permanece invariable para toda pulsión, los caminos que llevan a ella pueden ser diversos, de suerte que para una pulsión se presenten múltiples metas más próximas o intermediarias, que se combinan entre sí o se permutan unas por otras. La experiencia nos permite también hablar de pulsiones ‘de meta inhibida’ en el caso de procesos a los que se permite avanzar un trecho en el sentido de la satisfacción

pulsional, pero después experimentan una inhibición o una desviación. Cabe suponer que también con tales procesos va asociada una satisfacción parcial (p.118).

Por lo tanto, para alcanzar la meta requerida que calme la necesidad pulsional, se deberá hallar algún objeto.

También Freud (1915) define Objeto (Objekt):

es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del propio cuerpo. (p.118).

En Pulsiones y destinos de pulsión, Freud agrega otra explicación, señalando que un mismo objeto puede corresponder en simultáneo para la satisfacción de varias pulsiones. La fijación de objeto es otra posibilidad, consumándose durante el desarrollo pulsional, por lo que se trabaría la movilidad de la pulsión.

Freud registraba como destinos de pulsión: el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la propia persona, la represión y la sublimación. El trastorno hacia lo contrario se puede dar en “dos procesos diversos: la vuelta de una pulsión de la actividad a la pasividad y el trastorno en cuanto el contenido” (Freud, 1915, p.122). Por ejemplo, la oposición sadismo-masochismo y el placer ver-exhibición. El trastorno del contenido concierne a las metas de la pulsión: meta activa remplazada por otra pasiva. Ejemplo: molestar sería remplazado por ser molestado. Respecto al contenido, se verifica en el cambio de amor a odio. En la vuelta hacia la propia persona podemos pensar en el masochismo como un giro de sadismo hacia sí mismo. Cambiando de vía el objeto, pero manteniendo la meta.

Para que opere la represión, no necesariamente la pulsión tendría que ser displacentera, pero sí sería inconciliable con otras exigencias; por lo que podría producir placer y displacer al mismo tiempo. Ante la posibilidad que el displacer sea superior, la represión bien entraría en funcionamiento, separando y manteniendo alejado de la consciencia a la agencia representante psíquica de la pulsión, denegándole la admisión a lo consciente y apartándola al inconsciente. Freud sostiene que esto no significa que la agencia representante de la pulsión reprimida, no se desarrolle y se prolifere en las sombras del psiquismo; pudiendo entonces expresarse de manera intensa (1915). “Lo reprimido solo es segregado tajantemente del yo por las resistencias de represión” (Freud, 1923, p.26).

En las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1933), más precisamente en la conferencia sobre angustia y vida pulsional, Sigmund Freud decía que la sublimación era cierta clase de modificación de la meta pulsional; y también cambio de vía de objeto, en la que lo concerniente a la valoración social tiene una intervención determinante. Muchos años

antes en su obra *Introducción al narcisismo* (1914), revelaba que el proceso de sublimación concierne a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la original. Según Freud (1930):

Es preciso trasladar las metas pulsionales de tal suerte que no puedan ser alcanzadas por la denegación del mundo exterior. Para ello la sublimación de las pulsiones presta su auxilio. Se lo consigue sobre todo cuando uno se las arregla para elevar suficientemente la ganancia de placer que proviene de las fuentes de un trabajo psíquico e intelectual. (p.79).

Sublimación

Las pulsiones rumbo a sus respectivas metas encuentran distintos caminos, en las que los resultados dependerán del recorrido y objeto escogido. Uno de esos destinos es la sublimación, concepto del psicoanálisis que merece especial atención.

Nuestra imperiosa exigencia pulsional no siempre puede saciar su voracidad; la represión, la transformación en lo contrario, o la vuelta sobre sí mismo (puntos detallados en *Destinos de pulsión*), son coeficientes que a su modo bloquean el altanero afán de la pulsión.

Otro factor que hace su labor es la sublimación, ya que mediante este proceso, el sujeto podrá desviar la energía pulsional que originalmente se direccionaba hacia una meta desviándose a otra. “La sublimación es un proceso que atañe a la libido de objeto y consiste en que la pulsión se lanza a otra meta, distante de la satisfacción sexual” (Freud, 1914, p.91).

A través de alguna manifestación cultural, según lo indica Freud, el sujeto será capaz de desplazar una extraordinaria carga de energía libidinal sin perder la intensidad, lo que permitirá poder saciar de algún modo la exaltación pulsional emergida; desviando el fin que originalmente resultó sexual por otro que no lo es (1908). Por lo tanto se puede apreciar la cuantía que tiene la cultura como expresión que habilita al sujeto a no resignar las ambiciones pulsionales, logrando modificar la meta pulsional. Más aún, puede notarse que la sublimación repercutirá psíquicamente de manera semejante que si se hubiese actuado como la pulsión requería originariamente.

Asimismo, la vía sublimatoria se torna provechosa por dos vertientes que a simple vista podrían pasar desapercibidas. Por un lado lo dicho anteriormente respecto al logro de alcanzar la satisfacción pulsional aunque se haya modificado la meta, evitando la represión y permitiendo el despliegue requerido por la fuente pulsional. El otro aspecto de consecuencia fructífera que tiene la sublimación para el sujeto e hipotéticamente también

para terceros, es la capacidad de creación que permite la transformación de energía al enlazarse con procesos y manifestaciones culturales.

Mientras tanto, la energía sublimada permite hacer frente a desafíos que desde una perspectiva puramente racional, amedrentaría al más intrépido de los mortales; llevándolo a enfrentar cuestas que sin la energía requerida serían imposibles de afrontar. Actividades en el terreno del arte, ciencia, política, religión, educación y otras tan meritorias; requieren de la suficiente energía que viabilice la realización necesaria para un adecuado desarrollo. Por lo tanto, y ante el apuro que tiene el ser humano de escaparle a su intranquilidad pulsional, descubre en la cultura ofertas que posibilitarían salidas beneficiosas.

Estas observaciones se relacionan también con la actitud emprendedora de muchos mortales; ya que el sujeto peregrina variados proyectos que sesudamente sabe que no disfrutará. Igualmente, los toma cual bálsamo que al menos serenará en parte la turbadora agitación pulsional. Dada esta condición, notamos que existe una fuerza natural que nos asiste a ese lugar de creación, acoplándose con el orden de lo cultural, donde la articulación entre el mundo interior del sujeto –las pulsiones- engendra superación con el mundo exterior –lo simbólico-. Al respecto, Roland Chemama en su Diccionario del psicoanálisis dice: “se explica así que la sublimación cada vez más acabada de los elementos pulsionales (sublimación que es el destino pulsional más raro y el más perfecto) permita, especialmente, el cumplimiento de las mayores obras culturales” (Chemama, 1995, p.415).

Con respecto a la cultura, es oportuno destacar que tratará de obturar las manifestaciones pulsionales que alteren su estructura. La simple probabilidad de caer ante el juicio severo y urticante del otro, lleva al sujeto en la medida de sus posibilidades a desviar el fluir natural de sus pulsiones; comprometiendo la plenitud integral del mismo. No obstante, la contingencia de metamorfosear el recorrido de sus pulsiones proveería un efecto paliativo al elevado costo de su renuncia. Según Freud (1912):

Esa misma ineptitud de la pulsión sexual para procurar una satisfacción plena tan pronto es sometida a los primeros reclamos de la cultura pasa a ser la fuente de los más grandiosos logros culturales, que son llevados a cabo por medio de una sublimación cada vez más vasta de sus componentes pulsionales (p.183).

En efecto, las explicaciones de Freud (1918), apreciadas de Las contribuciones a la psicología del amor, avalan que la abdicación de algunas metas por parte de la soberana pulsión en nombre del encarrilamiento cultural, valdrían de insumo para la superación de metas elevadas y reconocidas.

Por otro lado, atenderemos refiriendo a Chemama que el ejercicio sublimatorio requiere de un vestigio arcaico obediente a la civilización, efectuando la función de impedimento

intrínseco primordial de la pulsión, siendo ésta incapaz de procurar la satisfacción completa. Es decir que las prematuras exigencias culturales o visto de otro modo: los primeros requerimientos parentales; abre a juicio de Freud, el impulso de crear y producir obras gracias a la sublimación (1995).

Siguiendo con la referencia del Diccionario de Chemama (1995), vemos respecto a la sublimación que no es una práctica que se haga de una vez y para siempre sino que se trata de una capacidad que debe ser activada psíquicamente. Asimismo, requiere de ciertos recursos que combinen una serie de factores. En ese sentido Chemama (1995) señala:

el investimento libidinal debe ser retirado del objeto sexual por el yo, que retoma este investimento sobre sí mismo y luego lo reorienta hacia un nuevo fin no sexual y hacia un objeto no sexual. Esta retirada de la libido hacia el yo y la reorientación del investimento hacia lo no sexual por desinvestimiento del fin y del objeto es un movimiento libidinal que Freud llama 'desexualización'. La sublimación necesita de esta desexualización que requiere la intervención del yo (p.417).

En lo que respecta al yo, vale decir que responde a la influencia inmediata del mundo exterior, intentando hacérselas valer al ello e imponiendo el principio de realidad en menoscabo del principio de placer regidor del ello, según lo establece Freud (1923). "Para el yo, la percepción cumple el papel que en el ello corresponde a la pulsión. El yo es el representante de lo que puede llamarse razón y prudencia, por oposición al ello, que contiene las pasiones" (Freud, 1923, p.27). Es propicio entender que las pulsiones no dejan, ni dejarán de presionar procurando la satisfacción; desbordando en muchos casos la sensatez que encuadra la civilización a través de sus dispositivos institucionales. El reto estará en el hacedero de trocar la apetecida meta, removiendo energía por intermedio de la sublimación.

Al mismo tiempo que la sublimación trabaja redirigiendo a las pulsiones, hay que tener en cuenta que la represión está perdiendo su partido. La moción pulsional bien podría chocar con resistencias que la hagan inoperante debido a la posibilidad de que ésta genere mayor displacer que placer. Displacer dado como consecuencia de la entrada en conflicto con las representaciones culturales y éticas del sujeto, hilvanadas con un ideal del yo autoregulador, según lo mencionado por Freud (1914). La pulsión sublimada, que potencialmente pudo haber sido sofocada por la represión según Freud (1915), se ajusta al ordenamiento simbólico logrando placer en actividades consideradas desde la perspectiva social. En efecto, la represión apartaría a la marea pulsional a lo inconsciente, arrinconándolo en las sombras de nuestro psiquismo, entretanto la sublimación como otra eventualidad existente encauzaría los estímulos endógenos para "operaciones muy alejadas de sus acciones-meta originarias (sublimación)" (Freud, 1915, p.121).

Entonces la libido de objeto corresponde al proceso del cambio de meta pulsional de la sublimación, tomando distancia de la cuestión meramente sexual y asumiendo énfasis la virada respecto de lo genital. El giro referido va acompañado según Freud de cierta idealización que envuelve al campo de la libido yoica de la misma manera que a la libido de objeto (1914). “La sublimación describe algo que sucede con la pulsión, y la idealización algo que sucede con el objeto, es preciso distinguirlas en el plano conceptual”. (Freud, 1914, p.91). El ideal formado incrementa las exigencias del yo, favoreciendo a la represión, pero la sublimación permitiría inhibir a la represión habilitando el despliegue que exige la pulsión.

Con respecto a la formación del ideal del yo, se advierte que a menudo se confunde, con la sublimación de pulsión, en detrimento de la comprensión. Que alguien haya variado su narcisismo por la veneración de un elevado ideal del yo no implica que haya alcanzado la sublimación de sus pulsiones libidinosas. Es cierto que el ideal del yo reclama esa sublimación, pero no puede forzarla; debido a que la sublimación es una realización independiente. Sin embargo el proceso sublimatorio puede ser incitado por el ideal, según lo dicho por Freud (1914). En cambio en los neuróticos encontramos las máximas diferencias de tensión entre la constitución del ideal del yo y la medida en que sublimaron sus pulsiones libidinosas primitivas. En general los idealistas se resisten más que aquellos de pretensiones moderadas, en el destino de las pulsiones sublimadas, como lo señaló Freud (1914). “La formación del ideal aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión. La sublimación constituye aquella vía de escape que permite cumplir esa exigencia sin dar lugar a la represión” (Freud, 1914, p.92).

En el texto *El malestar en la cultura* (1930), el autor examina que la vida asignada resulta bastante abrumadora: “Nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes” (Freud, 1930, p.75). También añade que hay tres clases de calmantes que nos hacen aminorar nuestras miserias: poderosas distracciones, satisfacciones sustitutivas que la reducen, y sustancias embriagadoras que nos vuelven insensibles a ellas. Notar en cuál de estos calmantes hallamos a la sublimación es una interesante invitación, entendiéndolo que en el caso de no articular con ninguna, bien sería el cuarto calmante.

Lo anterior para nada quiere decir que el sufrimiento se evapore por la apariencia de un supuesto artificio. Así como estamos al tanto de calmantes, somos conscientes que el sufrimiento amenaza desde varios frentes; desde el propio cuerpo, el mundo externo y los vínculos con los demás seres humanos, tal como sostiene Freud (1930). No obstante, la satisfacción pulsional equivaldría a dicha, pero el sufrimiento nos golpearía la puerta cuando el mundo exterior desestime la saciedad de nuestras necesidades.

Acerca de la satisfacción, calculo que no tenemos recetas sobre la mesa que nos remita a su acercamiento. Pero siguiendo con las vías sublimales creo que no quedaría mal parado si pienso que el artista en el acto de crear y de corporizar la producción de sus fantasías, saludaría de cerca a la complaciente sensación. Lo propio con el científico que se embarca en la aventura de la investigación en procura de descubrimientos que engrandezcan a la humanidad. Se podría objetar de la sublimación que como método no es una aplicación universal, debido a que sólo es practicable para pocos seres humanos, como lo señala Freud (1930).

El siguiente aspecto trata de las ganancias que aprovecha la sociedad en su conjunto gracias a la sublimación. Modestamente se han considerado los beneficios que tiene para el ser humano el acto de sublimar, pero lo notable de esto es que no sólo es el sujeto quien vería los dividendos de aludida acción. El colectivo social puede obtener logros robustecedores para sus intereses, afianzando de esa manera su inquebrantable apego al progreso: “La sublimación de las pulsiones es un rasgo particularmente destacado del desarrollo cultural; posibilita que actividades psíquicas superiores –científicas, artísticas, ideológicas- desempeñen un papel tan sustantivo en la vida cultural” (Freud, 1930, p.95).

Hay que mencionar además, que la civilización se proyecta sobre las renunciaciones pulsionales. En ese sentido el colectivo social debe poner de sí para limitar la virulencia que el ser humano pretende proyectar, según lo citado por Freud (1930). Todo esto parece confirmar que la pulsión sublimada es el combustible que energiza al hombre para la construcción y desarrollo de desafíos superadores, pero sobre todo es el destino de la pulsión que admite el despliegue pacificador de tensiones.

Adolescencia

Precisar qué es la adolescencia no me resulta para nada sencillo, podría hacerlo desde las frías y objetivas estadísticas de los expertos tecnócratas según anotaciones de Bourdieu (1995), cultivadores del encasillamiento. Pero temo que morder esa tentación me privaría de las peripecias que conducen al cuestionamiento crítico, y previenen el tropiezo con las imperantes definiciones prodigiosas.

Es posible que la función de los gélidos recursos de la tecnocracia, tengan utilidad para distinguir y comparar realidades que permitan canalizar conclusiones y en casos que lo amerite soluciones. Razón por la que se reconoce su provecho, sin dejar de hacer énfasis en observar que no porta una omnipotencia que dé respuestas a todas las cuestiones que golpeen las puertas de la ambigüedad.

Es en este sentido que pretenderé aproximarme a cierto esclarecimiento respecto a qué es ser adolescente, apreciando la diversidad de componentes que valgan para conformar lo que signifique ser y pertenecer al universo adolescente en la actualidad. Dos representantes del psicoanálisis rioplatense: Marcelo Viñar y Luis Kancyper, me auxiliarán desde textos que abordan una concepción reflexiva de la adolescencia, escapándole a dogmas académicos que coagulen la ineludible perspicacia que nos asista a una mejor comprensión de este asunto.

Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio de Viñar, más Adolescencia el fin de la ingenuidad y La confrontación generacional de Kancyper, nos acercarán a una mirada global que abrace el sentir y el pensar del adolescente. A su vez, delimitar el margen etario en el que se moviliza el concebir adolescente resulta arriesgado, suponiendo que no existe una medida exacta que explique con precisión de reloj suizo cuándo comienza y termina la travesía vital que pretendo abordar.

Asimismo, la pubertad posiblemente sea el corte que divida la inocente y latente niñez de la revulsiva y manifiesta adolescencia. Entre los 9 y 15 años en ambos sexos estaría enmarcada esta primera fase de la adolescencia, iniciando “el momento más fecundo y expresivo del ciclo vital” (Viñar, 2009, p.9). Un tiempo en el que la labor psíquica cobra un vigor transformacional.

En efecto, resulta apreciable el hecho de lograr desnaturalizar la idea de la adolescencia como algo inherente al ser humano; sino que hay que entender a los procesos históricos y culturales que se retroalimentan entre sí, como ordenadores de este concepto entre otros tantos. “El término ‘adolescencia’, como la problemática del tránsito entre la infancia y la vida adulta, es de aparición reciente en la historia de las ideas. No es un objeto natural sino una construcción cultural” (Viñar, 2009, p.14).

Lo antedicho tampoco pretende desmerecer otras aristas que cumplen una influencia precisa en la conformación del púber, por lo que es ineludible la observación respecto a las “invariables biológicas de la irrupción pubertaria, neurológicamente programada, que desencadenan la explosión hormonal” (Viñar, 2009, p.14).

Si aceptamos que la adolescencia no es corolario de factores excluyentes, favoreceríamos un análisis más conveniente y adecuado a la integración de componentes etiológicos propicios para una mejor aproximación contemplativa. Por lo que entender a la adolescencia a modo de convergencia, le advierte a uno de priorizar un pensamiento que componga la mayor cantidad de variables para una especial exploración.

El carácter complejo del universo adolescente es muchas veces soslayado, ocasionando discernimientos lineales y llanos, no dadores de lugares que concedan la tonalidad constitutiva de esta condición. Así que escaparle a pensamientos simplistas y directos, permitirán entrever de modo propicio el accionar juvenil. Viñar (2009) afirma:

La adolescencia es mucho más que una etapa cronológica de la vida y el desarrollo madurativo; es un trabajo de transformación o proceso de expansión y crecimiento, de germinación y creatividad, que –como cualquier proceso viviente- tiene logros y fracasos que nunca se distribuyen en blanco y negro (p.15).

En esta etapa el detalle que predomina es la metamorfosis pronunciada mediante el cuerpo y la subjetividad del individuo. El cuerpo de niño/a conocido y silencioso para el propio sujeto, emprende una revolución que se empecina en cambiar la relativa serenidad de la latencia, por cierto renacimiento sexual reflejado en el carácter psíquico y corporal. Un cúmulo y progresivo empuje de sensaciones enlazarán aquello que se despliega de modo inédito con lo ya constitutivo del ser, instaurándose la contienda entre lo establecido y lo emergente.

En otras palabras, algo así como un juego de ratificación y transformación en el psiquismo del sujeto, organizará una serie de enfoques de sí, alterando la postura y el engranaje vincular. Por lo tanto la metamorfosis presente en el adolescente, es una situación que a decir de Luis Kancyper: “resignifica de un modo estrepitoso el arsenal de las otras identificaciones, traumas, ideales y creencias” (Kancyper, 2007, p.52). Entonces el recambio pulsional suscitado en la adolescencia se accionará en conexión con el psiquismo modificando todo aquello que parecía estar quieto endógena y exógenamente.

Debido a la marcada variación de aspectos en la vida del joven, expresado en lo corporal, hormonal y psíquico; también se verá alterada su posición dentro de la familia, su entorno y plano social. La percepción propia, y de los otros dará cuenta de la visible transformación que lentamente abandona al sujeto infantil para ir pasando por la larga transición juvenil que conduce hacia el estatuto adulto. Las demandas y consideraciones de los demás hacia el adolescente ya no se harán del mismo modo con que se corresponde a un niño. Ahora el encare del adulto hacia el adolescente (familiar, amigo o conocido en general), reflejará por un lado el duelo por ese niño que gradualmente está dejando de serlo, buscando las nuevas coordenadas que permitan cierto reacomodamiento vincular.

No solo la conexión interpersonal será lo que se afecte por los cambios vividos por el adolescente; también se pondrán en juego sus identificaciones y las resignificaciones de su historia, actuando éstas en el renacimiento identificatorio del sujeto. Al respecto, Luis Kancyper (2003) dice que en la mentada fase existe la labor:

de desenganche y reenganche, de reinscripción cotidiana. Adquiere mayor importancia durante la adolescencia, porque es en este período cuando el sujeto se lanza a una lucha sin tregua, en varios frentes de batalla al mismo tiempo. Éste es el momento en que el territorio de su sentimiento de sí se halla en la máxima incertidumbre (p.84).

El adolescente tiene la doble y complicada faena de desprenderse del niño que está dejando de ser y de diseñar una nueva vida cargada de deseos y aspiraciones. Retos que tan bien expresa la pluma de Marcelo Viñar (2009), al indicar que se está definiendo una experiencia fundante que determina al sujeto mismo, e inventándose respecto a su singularidad.

En consecuencia, el adolescente tiene la gozosa oportunidad de crear su particular perspectiva en el mundo, del que construirá identidad y pertenencia. En cambio es imprescindible que el púber suprima a ese niño maravilloso, representación inconsciente de anhelos, esperanzas y añoranzas de sus progenitores, según manifestaciones de Leclair (1975). La resignificación del pasado impuesto por la familia para romper con tradiciones alienantes, exige de un cuantioso esfuerzo, ante la revelación del joven respecto a las tradiciones, es previsible que deba enfrentar oposiciones que intenten anular todo advenimiento de sublevación. Sin embargo, romper con los mandatos para fundar un inédito y propio camino es una necesidad primordial en la exploración de sí mismo.

Es cierto que la confrontación al adulto por parte del adolescente es motivo de ansiedades y angustias para ambos, pero a pesar de esto, el descorrimiento de verdades históricamente incuestionables y de las visiones ingenuas obturadoras de desarrollo se tornan fructuosas oportunidades para que el sujeto adolescente sea autor y protagonista de su propia historia. “La confrontación generacional y fraterna salvaguarda la estructura de alteridad y reciprocidad; posibilita el desarrollo y el devenir de la vida subjetiva y preserva al sujeto de eventuales alienaciones” (Kancyper, 2003, p.28).

Aberastury (1966) nos dice que el sujeto durante la adolescencia realiza tres duelos fundamentales, estos son: el duelo por el cuerpo infantil, el duelo por el rol y la identidad infantil; y el duelo por los padres de la infancia. Todos estos detalles son generadores de sensaciones que van de la angustia al entusiasmo, del optimismo a la frustración, de la libertad a la privación.

Sin embargo no todo es duelo en el sentir de la pubescencia, también se abren sensaciones adjuntas al desarrollo que estimulan la sexualidad. El muchacho/a concederá a su pulsión sexual la autoridad que durante los años que precedieron su circunstancia juvenil, no tuvo, quedando opacada y menguando de ese modo la evolución sexual. De ahí que Freud (1912) señale:

en la pubertad se añade la poderosa corriente 'sensual', que ya no ignora sus metas. Al parecer, nunca deja de transitar por aquellos tempranos caminos y de investir, ahora con montos libidinales más intensos, los objetos de la elección infantil primaria (p.175).

Ahora, si bien suponemos que coexisten patrones que hacen a la configuración del paradigma adolescente, pensar que solamente hay una singularidad monopolista de sentidos y causas, nos somete a observar la realidad de forma estrecha. Conforme a lo manejado, Marcelo Viñar (2009) en su material tan estimado y del cual seguimos asaltando ideas, expresa que en el caso de conjugar la adolescencia en singular, debiera serlo como "una unidad estallada" (p.21); visto que pretender un carácter uniforme implicaría sortear condiciones constitutivas de relieve. Por todo esto, particularidades de la biología, geográficas, de estrato social, históricas, familiares y demás; instaurarán la significativa y peculiar constitución del devenir adolescente.

Cultura

Hacer una consideración respecto a qué es la cultura, me lleva a deliberar cual sería la disciplina más propicia para aproximarme a una provechosa intelección. Es así que por enésima vez caigo en ese punto en el que intuyo que entre elegir por el aislamiento doctrinal o la pluralidad de pensamiento, la elección de este último me daría superior beneficio para una mejor ampliación en mi capacidad de recapacitar.

No obstante desde algún muelle habrá que zarpar, por lo que echaré mano a los consejos del compañero virtual que me ha topado esta aventura monográfica. Respecto al tema, el señor Freud en su Malestar en la cultura (1930), indicaba que gran parte de la culpa de nuestras miserias las tiene precisamente la cultura y aseveraba que los humanos seríamos más felices si renunciáramos a ella y nos vinculáramos en condiciones rudimentarias. Esto lo suponía al notar que gran parte de aquello que nos genera sufrimientos pertenece precisamente a la cultura; en ese sentido subrayaba: "Se descubrió que el ser humano se vuelve neurótico porque no puede soportar la medida de frustración que la sociedad le impone en aras de sus ideales culturales" (Freud, 1930, p.86).

Por lo visto, el notorio Freud era algo crítico con la función cultural impuesta por la sociedad, ahora, al recapacitar que sin la contención de ésta quedamos expuestos a la vehemencia pulsional, el valor que adquiere tiene tal peso que nos encierra en la paradoja de estimarla y reprobarla. Es que la protección otorgada supone de garantías pero también limitaciones. En efecto, la cultura interrumpe la tendencia violenta del hombre, disminuyéndolo y vigilándolo mediante una instancia moral interior; lo que en psicoanálisis conocemos como super yo: "la

renuncia de lo pulsional es la consecuencia de la angustia frente a la autoridad externa; se renuncia a satisfacciones para no perder su amor” (Freud, 1930, p.123).

Por lo tanto el antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones forzadas por la civilización reflejan la pulseada constante de las genuinas necesidades del hombre – necesidades pulsionales- con las reglas de juego indicadoras de aquello que está bien y de lo que no lo está. Entonces es pertinente repasar un concepto de la cultura según Freud (1930):

toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres (p.88).

Precisamente, la cultura produce en el hombre la sensación de ser uno con el todo, ensamblando voluntades, pasiones y realidades; bajo un sistema de doctrinas y creencias cuidadosamente dispuestas. En consecuencia su tarea entre otras, consistirá en custodiar la vida de quien la integre, controlándolo con fervor. A su vez Freud (1930), reconocía lo cultural como una expresión de la civilización, la actividad útil para el ser humano en tanto pone la tierra a su servicio y lo protege de las fuerzas naturales.

Entonces el resultado que podría dar cuenta lo dicho son las primeras hazañas culturales que han sido eslabones fundamentales en el desarrollo de la especie humana: el uso de instrumentos, la domesticación del fuego, o la construcción de viviendas. Con el correr del tiempo y la ayuda de todas sus herramientas, el hombre perfeccionó sus órganos motrices y sensoriales, además de remover los límites de capacidad operativa, según Freud (1930); como ejemplos creó: el avión y el barco; los lentes para los ojos, el microscopio, la fotografía.

Todo lo que el hombre ha conseguido sobre esta tierra en la que nació como un animal endeble, es una adquisición cultural. En tiempos pasados representaba la omnipotencia y la onnisapiencia en sus dioses; todo lo que era inasequible a sus deseos, ya sea por inoperancia o prohibición, eran cargados a esos ideales culturales llamados dioses. Luego de la mano de quiebres históricos de relevancia, agregó a su idoneidad destrezas científicas, artísticas e intelectuales, todas rectoras de los hombres dentro de la cultura.

Freud pone a la religión como una expresión elevada, entre las mencionadas en el párrafo anterior, fuente fehaciente de disciplinamiento cultural que produce un sentimiento particular, promoviendo en sí cierto efecto de pertenencia a un sentir general; en el que se manifiesta una sensación de eternidad vencedora de barreras (1930). Esa pertenencia plasmada en la ratificación de los otros, da cuenta de la inclusión conformada dentro de un común marco colectivo. De esa forma, la simple probabilidad de ser segregado de la copertenencia social,

deviene en un fuerte displacer. “El totemismo es un sistema...que hace las veces de una religión y proporciona la base de la organización social” (Freud, 1913, p.103).

Por consiguiente, la amenaza de ser retirada la protección social, hace a uno renunciar a deseos que supondrían un estorbo para el sano dinamismo grupal. Es que el hombre culto según Freud (1930), cambia un trozo de posibilidad de satisfacción pulsional por un trozo de seguridad. De ese modo evade además de la expulsión, y el acto de arrepentimiento, “al sentimiento de culpa como el problema más importante del desarrollo cultural” (Freud, 1930, p.130).

Sigmund Freud rememorando a Émile Durkheim (1913) decía que el tótem representaba claramente a la religión social de nuestras comunidades, dándole en cierto sentido forma a éstas. Además consideraba que el sistema totémico constituía un curso habitual de todas las culturas. Ciertamente el recurso por excelencia aplicado por el totemismo es de la prohibición, o también llamado tabú. “El tabú es una prohibición antiquísima, impuesta desde afuera por alguna autoridad” (Freud, 1913, p.42).

En consecuencia, la subordinación a dicha prohibición implica hacer alguna renuncia basada en el supuesto fin de obtener la concordia comunitaria. Consiguientemente esa aceptación a las normas debería hacer retirar automáticamente algunas tentativas pulsionales especiales. Poniéndose en marcha tabúes tan antiguos como importantes del totemismo: no matar al tótem y no tener vínculos sexuales de reciprocidad con sujetos del mismo clan, según lo citado por Freud (1913).

Jacques Lacan en su Seminario II llevado a cabo el 25 de mayo de 1955 introdujo por primera vez un concepto valiosísimo en su obra, la noción de Gran Otro: “hay que distinguir, por lo menos, dos otros: uno con una A mayúscula, y otro con una a minúscula que es el yo” (Lacan, 1955, p.110). A ese gran otro Lacan le destinaba elementos determinantes para el sujeto en la interrelación con el afuera y en relación con su deseo. Los mismos son encontrados en el significante, la ley, el lenguaje, dios, el inconsciente; todos ellos puntos constitutivos de la cultura.

De ahí se puede apreciar como Lacan, intelectual de fuste en el campo del psicoanálisis e intérprete de la obra de Freud, le da su impronta a una definición del principio de cultura. Por esa razón y asumiendo los matices que puede generar la lectura del francés al maestro austríaco y también mi atrevido entendimiento de la conclusión de Lacan; me derivó a pensar en la extrema importancia que tiene la cultura como causa constitutiva del estructuramiento humano.

Sin querer desviarme en demasía pero sí con la intención de amplificar la visión, invocaré algunas referencias antropológicas que nos explique qué es la cultura. Por ende, Clyde Kluckhohn (1944) precisa a la cultura como el modo general de vida de un pueblo, influyente en la manera de pensar, sentir y creer. Considerando esta definición, enlazaría que la cultura como abstracción de la conducta, es algo que el sujeto obtiene de su sociedad. Simultáneamente, ese saber hace las veces de brújula que orienta al sujeto una vez interpretada la acepción de su tradición.

Por su parte, Clifford Geertz en *La interpretación de las culturas*, expone que la cultura no es una entidad, algo a lo que se consiga atribuir causalmente acontecimientos. La entiende como un contexto en el que se pueden describir todos esos fenómenos de forma comprensible. “Comprender la cultura de un pueblo supone captar su carácter normal sin reducir su particularidad” (Geertz, 1973, p.27).

Finalmente concluyo con la idea de que la cultura y la natura conviven mediante la tensión. Los recorridos y fines de ambas difieren, y es por eso que el intento de imposición de una sobre otra es constante. La cultura interrumpe la tendencia violenta del hombre, aminorándolo en su agresividad y lo potencia transmutando sus capacidades. A cambio lo genuino, eso que brota sin codificar, cede a un lado su soberanía embrollando a la potestad cultural; engendrándole la ilusión de un control total. “En efecto, la renuncia de lo pulsional es la consecuencia de la angustia frente a la autoridad externa; se renuncia a satisfacciones para no perder su amor” (Freud, 1930, p.123).

Institución

El concepto de institución es una noción de índole social concerniente a las estructuras que suponen cierto mecanismo de control y orden, instauradas fundamentalmente para facilitar la convivencia humana. Si buscamos en nuestras mentes una idea de institución nos llegará fácilmente la imagen de establecimientos concretos que han formado parte de nuestras vidas. De ese modo la escuela, el hospital o el club, figurarían en el repertorio institucional concebido fugazmente por muchos de nosotros. Sin embargo, el concepto de institución excede a lo tangible, envolviendo a estructuras sociales abstractas representativas del vínculo humano, no necesariamente significadas de forma edilicia, por ejemplo como sucede con el matrimonio o la familia.

Para Castoriadis (1975) las instituciones son esenciales para las sociedades, ya que sin ellas es inconcebible un funcionamiento societario, (p.107). Éstas adquieren valor dentro de una red simbólica, considerándolas inoperantes fuera de la misma; y al mismo tiempo son

sistemas simbólicos sancionados. Habría que mencionar también que se supone que la relación entre la institución y la realidad social debiera ser funcional. “Las instituciones son ciertamente funcionales en tanto que deben asegurar necesariamente la supervivencia de la sociedad considerada” (Castoriadis, 1975,p.127).

En ese sentido, Castoriadis consideraba que toda visión funcionalista debe reconocer el rol del simbolismo en la vida social. Asimismo, agregaba que todo simbolismo conocido se edificó sobre los escombros de las construcciones simbólicas precedentes, utilizando sus materiales. Otra consideración de Castoriadis (1975) autor respecto a la institución se basa en que su intervención consiste en:

ligar a símbolos (a significantes) unos significados (representaciones, órdenes, conminaciones o incitaciones a hacer o a no hacer, unas consecuencias – unas significaciones, en el sentido lato del término) y en hacerlos valer como tales; es decir: hacer este vínculo más o menos forzado para la sociedad o el grupo considerado (p.108).

El convocado ensayista entendía que comprender el simbolismo de una sociedad, es captar las significaciones que conlleva, siendo transmitidas por estructuras significantes; no queriendo decir esto que se reduzcan a ellas. De ahí que las instituciones no están totalmente sometidas al contenido que supuestamente difunden. Se debe añadir que Castoriadis consideraba imposible captar un contenido de la vida social como expresión independiente de las instituciones. En otras palabras, creía que este contenido no puede definirse más allá de una estructura, y ésta comporta siempre la institución. Conforme a lo dicho, las relaciones sociales auténticas son siempre instituidas, no porque lleven un revestimiento jurídico –ya que podrían no llevarlo- sino porque quedaron planteadas como maneras de hacer universales, simbolizadas y sancionadas.

Según Marcel Mauss (1989) las instituciones reúnen y enlazan combinaciones variables, que se dirigen con fortuna diversa. Procesos y formaciones heterogéneas son parte de las instituciones: sociales, económicos, culturales, políticos, psíquicos. “Niveles de realidad y lógicas de orden distinto interfieren en este fenómeno compuesto, inextricable y sin embargo unificado y unificante” (Marcel Mauss, 1989, p.12).

En relación con la institución, la singularidad del sujeto queda inhibida ante las “identificaciones imaginarias y simbólicas que mantienen armada la cadena institucional” (Kaës, 1989, p.15). La institución nos precede, por lo que en parte, nos piensa y nos habla, situándonos en su tejido vincular y en sus discursos; “la institución nos estructura y trabajamos con ella relaciones que sostienen nuestra identidad” (Kaës, 1989, p.16). El autor nos señala que hay una parte nuestra, de nuestro más innegable ser, apartada en el plano institucional; cierta externalización que organiza nuestra vida psíquica, articulando

Sublimación en los adolescentes de estos tiempos

umbilicalmente al sujeto con la institución. René Kaës agrega que el sujeto es parte interviniente y a la vez constituyente de la institución.

El sujeto y la institución cumplen una función sinérgica de la cual trascenderán. Ésta para su supeditado influirá más allá de lo que se puede palpar según Kaës (1989):

La institución no es solamente una formación social y cultural compleja. Al cumplir sus funciones correspondientes, realiza funciones psíquicas múltiples para los sujetos singulares, en su estructura, su dinámica y su economía personal. Moviliza cargas y representaciones que contribuyen a la regulación endopsíquica y aseguran las bases de la identificación del sujeto al conjunto social; constituye (...) el trasfondo de la vida psíquica en el que pueden ser depositadas y contenidas algunas partes de la psique que escapan a la realidad psíquica (p.25).

En otras palabras, las instituciones se cultivan en el terreno particular del sujeto dejando sus signos y señales; remarcándose el carácter filial que los une recíprocamente. “Podemos decir que individuo e institución se requieren y construyen mutuamente en un vínculo de permanente intercambio” (Frigerio, Poggi, 1992, p.57). Las autoras igualmente recalcan que las vidas de las personas acontecen sujetadas entre los confines de la institución, ya sea por el transcurrir obligado (no siempre) de organizaciones y establecimientos como la familia o la escuela; y también la adopción deliberada de otro tipo de institución como pueden ser los partidos políticos, clubes deportivos, entre tantos.

En definitiva la institución es producto de una sociedad, y por ende es fruto de una cultura determinada enmarcada por su historia. Reproduce y refleja unas formas determinadas de pensar y sentir, mediatizándose en estructuras sociales instituidas como las leyes y las costumbres. En suma, la institución se impone a la voluntad del ser humano trascendiéndolo e instaurándolo como tal.

Inclusión y exclusión social

En los platillos de la percusión política resuena en los momentos de gran fervor electoral un asunto que es mencionado por muchos y atendido por pocos: la exclusión social. Desgracia que en su eventualidad genera tantos temores como ansiedades a aquel que entiende estar en posición de una situación social endeble. El costo por no formar parte de este inter juego conocido como comunidad es alto y el riesgo a dejar de hacerlo implica cuantiosos malestares.

Zigmunt Bauman (2000) nos dice que el mundo en el que vivimos predomina la vulnerabilidad y la precariedad. Por lo tanto esta verdadera inseguridad de las que pocos

hablan, condena al humano promedio a vivir en una intersección de vacilaciones. Según Bauman (2000):

la precariedad es el signo de la condición que precede a todo lo demás: los medios de subsistencia, en particular la forma más básica de estos, o sea, los que dependen del trabajo y del empleo. Esos medios de subsistencia ya se han vuelto extremadamente frágiles, pero continúan haciéndose más quebradizos y menos confiables año tras año (p.171).

La falta de trabajo o el mero y angustiante hecho de no poder acceder a los bienes y servicios que por arte de magia parecieran provocar un efecto de inclusión, paulatinamente apartan al ciudadano. En el espacio social se plasma patentemente la marginación del sujeto, la expulsión de las zonas más urbanizadas de la ciudad es tal vez una de las expresiones de corte más empírico de cómo la comunidad le suelta la mano al que no le puede seguir el perverso ritmo de la inclusión, para luego comenzar a señalarlo como desigual. Cómo al otro que aun siendo perteneciente a la misma institución estado nación, y por lo tanto configurado como un conciudadano más, es degenerado al estatuto de ignorado que no se le reconoce el lugar como par en la comunidad. De esa manera según Viñar (2009):

se configura así en la mente una categoría: los excluidos, una masa informe de hombres y mujeres todos iguales a sí mismos, categoría donde es fácil proyectar la figura del monstruo que todos llevamos adentro (y a veces no faltan argumentos y evidencias objetivas para sustentar esta convicción y la colusión entre la realidad de los hechos y nuestro mundo fantasmático que produce certezas incontrovertibles. Producimos un cuadro estático, un diagnóstico de la realidad del mundo en el que perdemos algo esencial: la genealogía de un proceso histórico del que este cuadro es el resultado. Estos hombres no son mis semejantes, no son mis prójimos, son otros. ¿Quiénes son?, especies de alien, alienados, de esa sustancia común que hace humanos a los humanos (p.98).

Mientras tanto, todos formamos partes de un mismo país, considerándonos descendientes de algo conocido como república; ese lugar que corrientemente nos otorgaría similares derechos y obligaciones. Por ese camino, la educación pública, patrimonio robusto del orgullo nacional durante largas décadas, siendo el principal dispositivo de superación social, incluyó a hijos de: obreros, empleados, comerciantes, profesionales, trabajadores independientes y aquel que se dispusiera a delegar la cimentación concerniente a lo social para sus descendientes.

Es que esa escuela, cumplía con el requisito de ser el dispositivo institucional de limar las asimetrías provenientes del hogar, permitiendo de ese modo el acceso a cierta integración que desde la austera indumentaria colectiva daba cuenta de un escenario palpablemente horizontal. Según Filgueira, Gadea (2008):

La metáfora de que todos los uruguayos éramos iguales ante la ley, 'aquí naides es más que naides' se veía representado en el banco de la escuela donde todos tenían ahí, en ese territorio, iguales oportunidades e iguales sanciones. Sabemos que no era así, pero funcionaba como organizador social (p.86).

Presuntamente las oportunidades básicas para delinear y desarrollar una mejor perspectiva estaban dadas. La inclusión social se imponía a las asimetrías reflejadas en los cristales de la economía, el barrio y la cultura. La sociedad estaba más compuesta, con matices que distaban de las fuertes grietas separadoras de estos tiempos. La integración de los ciudadanos era patente en el territorio más próximo: el barrio. Las dispares expresiones culturales convivían en la misma cuadra, participando de un proyecto social común.

En cambio, producto de la concatenación de crisis económicas y políticas que se fueron perpetuando, los efectos de fragmentación en un colectivo social que perdía las expectativas de mejorar permutándolo por el imperativo malestar, no tardaron en llegar. En Uruguay esta realidad se afianzó desde mediados del siglo pasado con desplazamientos que en consecuencia de reiterados derrumbes económicos y financieros repicaron en la sociedad. Como señala Klein (2013):

Desde la década del 50 se puede observar una creciente ocupación irregular de tierra en la ciudad (fenómeno que no es excluyente de Montevideo sino que responde a una realidad latinoamericana). Los cantegriles son el producto, mayormente, de la migración de grupos procedentes del interior del país. El desempleo, la marginalidad y la falta de integración los diferencia claramente de los 'modernos' asentamientos (p.109).

Así la escenografía urbana y el orden social fueron modificándose en desmedro de la interconexión de los ciudadanos, apartando del espacio de convivencia a los individuos escupidos por el sistema. De esa manera, se formó una burda y azarosa categorización de la fragmentación social, abriendo o cerrándose (vaya uno a saber), el entramado reproducido y percibido en la actualidad. Me refiero a aquellos que no tienen la capacidad material de adaptarse a la dinámica perversa del tener para ser, esos que se irán desdibujando ante la visión del ciudadano "bien", cual personaje de terror que se esfuma con la aparición del primer indicio de sol.

A saber, la segregación como acto de expulsión de determinado grupo o persona, difiere en sus causas a lo largo de la geografía y la historia. Disputas basadas en la edad, género, orientación sexual, o religión, entre tantas; son absurdos motivos de inhabilitaciones que aíslan aquello que desintonice del mandato hegemónico. Según Viñar (2009):

En nuestro continente el excluido social es de orden económico, son la pobreza y la indigencia las que determinan la expulsión de un orden sociopolítico –es decir, simbólico- y destruyen o cambian las coordenadas de ese rasgo definitorio de la condición humana que llamamos lazo social (p.98).

Sin ánimo de redundar, notamos que las razones por las cuales unos marginan a otros pueden variar.

Es decir que el sistema capitalista escupe en el rostro la verificación de la no acomodación al sujeto que no puede bailar la música que la doctrina del capital emite. Groseramente observamos dos bloques separados por el murallón del consumo, contrastándose los que fluyen en su circulación de los que coagulan en las arterias que el régimen quiere negar. “El contexto cultural reinante promueve, mediante la inducción al consumo, un modelo para pensar al mundo, en donde se procura constituir el ser en relación al tener” (Fronteras, Tramas, Destramas; 2008, p.40).

Por consiguiente se nota cómo los objetos de consumo cumplen una función superlativa para la realización del sujeto. En ese sentido, en el texto sobre exclusión e inclusión social (2008), surgido del segundo coloquio de emergencia social organizado por la Asociación Psicoanalítica del Uruguay; apreciamos el manejo con muy buen tino, del valor de la publicidad en la cultura global contemporánea. Así se hace ésta, una especie de vidriera que sin discriminar capacidades monetarias exhibe y ofrece sus mercancías con la feroz intención de seducir consumidores.

En efecto, la llegada publicitaria alcanza sin distinción alguna una masiva persuasión, generando a posteriori la tentativa de adquirir las delicias y acervos arrimados por el medio de comunicación. Sin embargo, la realidad material se dedicará hábilmente de alejar al sujeto de la apropiación de su pretensión, frustrándolo con obstinación. De esa forma se conjugan variables que el entretenimiento noticioso no da a lugar, por ende Fronteras, Tramas, Destramas (2008) afirman:

la resignación cotidiana, la postergación repetida o el ruido violento de la piedra que al fin se estrella contra el vidrio, para llevar aquello que ‘indefectiblemente’ debe ser poseído. Es así que en vaivén de los fracasos, ‘los medios no aceptados socialmente’ para la obtención de cualquier objeto de consumo (el robo, el rastrillaje, etc.) se transforman en alternativa efectiva (p.40).

En consecuencia, no estaría mal reflexionar desde una perspectiva que abrace más razones que los utilizados por los artilugios aterradores de ancianas asustadizas. Seguidamente, considero necesario recapacitar con el fin de entender la desesperación y la injustificable delincuencia, motivada en parte por la sofisticada persuasión publicitaria que engatusa tirando sus redes. Pero sucesivamente recuerda sin pretenderlo que la impiadosa condición de nunca poder no es fácil de convencer. “En una sociedad hedonista, es decir, que valora los bienes materiales y la libertad individual como sus aspiraciones supremas, los excluidos son los pobres, los que no pueden obtener esos bienes y usar esa libertad, pues su miseria lo impide” (Barrán, 2008, p.20).

En definitiva, José Pedro Barrán entiende que la desdicha monetaria además de imposibilitar el consumo de bienes, obstruye la libertad, al entender que esta última se concibe como la capacidad de obtener infinitamente los bienes y servicios ofrecidos por el sistema capitalista. Asimismo, los niveles de precariedad económica y social “se correlacionan con el bajo rendimiento de los niños, sus dificultades de aprendizaje y de conducta, el alto índice de ausentismo y de deserción escolar” (Ulriksen de Viñar, 2008, p.46).

Por consiguiente el progreso pretendido por la modernidad se fue desvaneciendo, cediendo lugar al escepticismo cronificado en aquellos despedidos de la “estructura productiva (material y simbólica)” (Viñar, 2009, p.97). Así la meta-institución estado, creación de la era moderna, y fundamentada en la protección a todos sus integrantes por igual, brindando la ilusión de perspectivas de desarrollo igualitarias a cambio de inclinación hacia el trabajo y la ley tal como lo expresan Filgueira, Gadea (2008), se desvanece dejándole lugar a la mecánica del capital. De ahí que el espacio ciudadano se tornó patrimonio solo de aquellos que cumplen con las exigencias perversas de un sistema que en vez de ampliar prefiere concentrar.

Estos tiempos

Examinar la época en la que viven los adolescentes actualmente me parece un requerimiento imprescindible, considerando que el contexto histórico y su cultura son elementos constitutivos de la condición generacional. No obstante, ambicionar dar una explicación respecto al período que uno está viviendo es algo harto difícil de realizar, ya que el hecho de formar parte del mismo, comprime la amplitud panorámica que muy bien da el paso del tiempo.

En consecuencia, se me ocurre que lo consuetudinario brinda una fuente de elementos formidables para desentrañar la complejidad temporal a revisar. Las expresiones coloquiales reveladas en dichos y acciones, dan cuenta del sentir y pensar de un determinado interludio histórico, al que muchos hoy identifican como posmodernidad. Según Follari (2006), este rótulo alude:

a las condiciones culturales que se han dado a nivel planetario en las últimas décadas, caracterizadas por la producción de una nueva modalidad de subjetividad. Esta subjetividad es oscilante, variable, sin centro fijo ni continuidad de sentido y convicciones. De tal modo, da lugar a un comportamiento que se ha descrito como light, poco comprometido con los otros y con las grandes causas éticas y políticas de interés colectivo o universal (p.38).

Es por lo dicho en el párrafo anterior que deberíamos pensar en la presencia de cierta transformación de la cultura, apreciada como reciente en términos históricos. Ahora, es indispensable estar al tanto de cuáles son los valores culturales que se han modificado y de qué período histórico deviene la actualidad. Yendo en ese sentido, se reconoce como una obviedad la derivación del presente posmoderno de la modernidad; por lo que comprender la consistencia de ésta es fundamental para describir los cambios efectuados en la posmodernidad. Roberto Follari (2006), indica que la modernidad estaba subyugada por la subjetividad, pero no la que tiene que ver con lo afectivo, artístico o expresivo, sino más bien una supeditada a la racionalidad. Esa que procura conocer el mundo con objetividad a fines de dominarlo, al respecto Follari (2006) señala:

La modernidad tuvo como propósito, entonces, poner a la razón en el restringido sentido de razón calculatoria en el centro de su proyecto. Proyecto de dominio científico-técnico del mundo, el cual estaría entonces ofrecido a una 'visibilidad' que permitiera el acceso empírico a tal mundo, objetizado como lugar de mirada de la ciencia (p.43).

Entonces, constando que se advirtió resumidamente la esencia de la modernidad, es oportuno siguiendo a Follari (2006), juzgar algunas propiedades constitutivas de la actualidad:

Lo posmoderno no sería –entonces- una inversión simple de las tendencias de la modernidad, sino su continuidad con otros resultados. El avance tecnológico hacia lo virtual, los viajes, las grandes ciudades, las mezclas étnicas llevan hacia un mundo donde el sujeto se descentra, pierde su posibilidad de autocontrol y coherencia interna, y tiende a la dispersión, al abandonarse a la sensibilidad del instante y a la pérdida de normativas que trasciendan lo relativo (p.42).

Gilles Lipovetsky (2007) al mencionar las cosas positivas del mundo contemporáneo remarca la libertad individual ostentada, como algo superior de las autonomías de otras épocas. Apartándose de los apuros que esa libertad puede ocasionar, Lipovetsky considera enriquecedor el hecho de que el destino de la sociedad no esté marcado, debido a que las tradiciones, las normas colectivas no repercutirían en el camino a recorrer por el individuo o la sociedad dejando abierto el porvenir e incrementando posibilidades. La mejora de las condiciones materiales, con su respectiva mejora en las condiciones de vida, es otro aspecto positivo considerado por este autor referente de los asuntos de la posmodernidad; “antes se rezaba para vivir largo tiempo, y hoy se da un alargamiento de la vida por las condiciones tecnológicas y científicas” (Lipovetsky, 2007, p.137).

En efecto, la ponderada libertad señalada anteriormente, muy probablemente tenga que ver con la caída de grandes relatos unificadores que según Lyotard (1987) marcaban el destino del sujeto y la sociedad. Es que esos metarrelatos ideológicos y teleológicos, regían y argumentaban el proceder humano, legitimándolo hacia determinado fin. Sin embargo el fin

y el sentido que esos grandes relatos tenían en la historia de la modernidad fueron fracasando; para darle lugar a pequeños relatos como lo cita Feinmann (2015).

“En la sociedad y la cultura contemporánea, sociedad postindustrial, cultura postmoderna, la cuestión de legitimación del saber se plantea en otros términos. El gran relato ha perdido su credibilidad” (Lyotard, 1987, p.32). Esta decadencia de los grandes relatos, según Lyotard se da por una derivación del apogeo de cuestiones vinculadas a las técnicas y tecnologías a partir de la Segunda Guerra Mundial, poniendo el énfasis sobre los medios de acción más que sobre los fines.

A saber, Lyotard considera que el capitalismo liberal después de la última gran guerra, red desplegó toda sus fuerzas tras su repliegue dado por la protección del modelo de la economía Keynesiana durante los años 1930-1960. Lyotard en su texto: La condición posmoderna, manifiesta que el auge del capitalismo eliminó la alternativa comunista, promoviendo de ese modo “el disfrute individual de bienes y servicios” (Lyotard, 1987, p.32).

Por lo tanto los años posteriores a la segunda guerra plasmaron un quiebre en la historia que paulatinamente se venía pronunciando, sentenciando el fin de una etapa con el consiguiente advenimiento de otra –por supuesto que nada de lo referido es lineal-. “Los años sesenta son la última manifestación de la ofensiva lanzada contra los valores puritanos y utilitaristas (...) Pero también principio de una cultura posmoderna, es decir sin innovación ni audacia verdaderas” (Lipovetsky, 1986, p.106). En este sentido Gilles Lipovetsky reflexiona el posmodernismo como algo de índole global que representa “el paso lento y complejo a un nuevo tipo de sociedad, de cultura y de individuo que nace del propio seno y en la prolongación de la era moderna” (Lipovetsky, 1986, p.80).

Por consiguiente, el sujeto posmoderno quiere desligarse de la continuidad que lo liga al pasado, adquiriendo un valor superlativo todo aquello que resulta novedoso y lo proyecta en una trayectoria vanguardista que le permita eludir el estancamiento, pero que a la vez lo ata a la necesidad de reinventarse constantemente. Esta “ruptura en la trama del tiempo, discontinuidad entre un antes y un después” (Lipovetsky, 1986, p.81), da cuenta de cierto rechazo a lo tradicional adoptando la innovación como motor de vitalidad. Este caldo de cultivo del individualismo, repudia el deber austero consagrando los derechos individuales de autonomía al derecho y la felicidad, tal como lo señala Lipovetsky (1994).

Así, el hedonismo le ganó terreno al sacrificio por las grandes causas, convirtiéndose en valor central de nuestra cultura, según Lipovetsky (1986). La economía de mercado liberal promueve en estos tiempos el acrecentamiento del hedonismo que tiempo atrás fuese atributo de minorías. Por lo tanto liberaciones hilvanadas con el placer y el sexo obtuvieron

su lugar, absorbiendo al sujeto en el acosamiento por el nivel de vida. Es así que la realización personal se transformó en la zanahoria que persigue el conejito de la posmodernidad.

Es por eso que el rol de la economía y sus supeditados dispositivos promoverán el consumo de masas, proceso histórico social germinador de nuevas clases de consumidores de bienes y servicios. “La verdadera revolución social en la sociedad moderna se produjo en la década de 1920, cuando el aumento de la producción en masa y el elevado consumo comenzaron a transformar la vida de la misma clase media” (Bell, 1977, p.81). Esa gran aparición del consumo como modo de vida convirtió al hedonismo, en el comportamiento general de la vida corriente. Cuánto de eso vemos hoy en las desesperadas carreras hacia los centros comerciales cuando éstos inauguran sus temporadas de ofertas, o con la aerolínea de turno con su imbatible promoción de rebajas. Por lo tanto se nota que el vestir a la moda, estar comiendo en el recinto de mayor onda, o esculpir el cuerpo en el gimnasio que está en boga, son gustos acrecentados por la invitación del consumismo, pero que a su vez mortifican en el caso de no acceder a la degustación de sus mieles.

Efectivamente, Bell señala que la ética protestante como paradigma cultural y modo de vida, fue reemplazada por un hedonismo materialista, y la concepción puritana por el eudemonismo psicológico burgués. La difusión a gran escala de los objetos considerados hasta el momento como objetos de lujo, con la publicidad, la moda y los medios de comunicación, tentaron al más distraído de los puritanos. En ese sentido el culto al consumo, el ocio y el placer, conceden a estos tiempos el “advenimiento de una cultura extremista que lleva la lógica del modernismo hasta sus límites más extremos” (Lipovetsky, 1986, p.105).

Algunos casos

En el siguiente punto pretendo comprender qué posibilidades de desplazamiento pulsional tienen los adolescentes en la actualidad. En ese sentido considero que es muy importante saber qué ofertas sublimatorias tiene el joven para canalizar de modo productivo y flexible su potencia pulsional. Es que resulta indispensable trasponer las metas pulsionales de manera que se eluda el rechazo del mundo exterior. Es por eso que la sublimación adquiere un rol esencial para el auxilio de las pulsiones, según lo señala Freud (1930).

En consecuencia las instituciones cobran un valor superlativo como dispositivos que brinden posibilidades de sublimación de las mociones pulsionales juveniles. En tanto, el buen funcionamiento de éstas supone una sociable contención que satisfaga la avidez emergente

de la acometida de pulsión. En relación a lo dicho, Ignacio Lewkowicz (2004) hablaba de una articulación institucional disciplinaria apoyada en la metainstitución estado-nación, respaldo que les daba sentido y estabilidad cabal a todas las demás. Al sujeto la experiencia disciplinaria le fraguaba un carácter obediente al encadenamiento institucional, fortaleciéndose por la correspondencia transmitida en las marcas subjetivas producidas. A mi entender esa cadena tiene tres soportes que se solicitan como la sed lo hace con el agua, estos son: familia, escuela, y sociedad.

Asimismo, la práctica de grado de la Facultad de Psicología me permitió trabajar en el ámbito liceal, abriéndose el desafío de intervenir en el universo adolescente. Precisamente, mencionada experiencia expuso no solo las realidades de los chicos/as, también quedaron presentadas las vicisitudes emanadas desde el escenario institucional del centro de estudio, familiar y social. De ahí, casi en paralelo surgió la posibilidad de trabajar el caso de una alumna del liceo que se abordó de forma particular; en tanto la policlínica psicoanalítica de la Unión sirvió como lugar de ese encuentro semanal. Por lo tanto, desde estos dos casos intentaré dilucidar de qué modo los chicos en la actualidad pueden sublimar su carga pulsional y qué condiciones están dadas en la escena interinstitucional para modificar el fin que la pulsión originalmente reclama.

De ambas intervenciones obviamente que tomaré el caso de Silvina (el particular) y el de Miguel (el grupal), con el propósito de tener ejemplos manifiestos de la situación. En el caso de Miguel, se mostró un alumno repetidor de 16 años de edad; derivado al dispositivo de trabajo en grupo por la recurrente violencia manifestada hacia sus compañeros y profesores, a lo que se le añade una actitud sexualmente provocativa hacia las chicas. Todos estos detalles que dan cuenta de una seria dificultad de adaptación para una armoniosa convivencia. Del caso individual, el de Silvina de 13 años, sabemos que es una adolescente que vive sola con su hermano de 21, debido a la privación de libertad de su madre y la ausencia paterna del hogar debido a la fuerte adicción a las drogas.

En cuanto a los contextos que habitan los jóvenes, Marcelo Viñar (2009) habla de cierta mutación civilizatoria, reflejo de los radicales cambios que han tenido las referencias organizadoras de la subjetividad. Por ende, la metamorfosis verificada en la familia, el trabajo, la sexualidad, y el placer, trastocaron los gustos y valores que codifican al adolescente de hoy, diferenciándolo del nacido en otra época. En ese sentido, los acentuados cambios en el tejido cultural trastocan también los medios para sublimar. Es en este punto donde me vienen a la mente las palabras de Ignacio Lewkowicz (2005), cuando se refiere al debilitamiento institucional sobrellevado tras la caída de metarrelatos como el estado nación. Igualmente, Lewkowicz señala que las instituciones actuales se han

transformado para los jóvenes en algo material que carece de dignidad simbólica, aglomerando puro componente humano sin un fin común predeterminado, hecho que lo lleva a comparar con un galpón. Ese lugar pierde sentido institucional estando reglamentado desde otro tiempo, siendo de fútil efectividad para el impulso y despliegue pulsional productivo de sus integrantes.

En lo que respecta a Miguel sabemos que sus actividades no se reducen a la asistencia a clases, sus gustos pasan por otras manifestaciones que se alejan de la disciplina educacional. La práctica formal del basketball lo invita varios días en la semana a desplazar la libido que el aula no le da lugar para mostrar. De ese modo según Freud (1908):

pone a disposición del trabajo cultural unos volúmenes de fuerza enormemente grandes, y esto sin ninguna duda se debe a la peculiaridad, que ella presenta con particular relieve, de poder desplazar su meta sin sufrir un menoscabo esencial en cuanto a intensidad. A esta facultad de permutar la meta sexual originaria por otra, ya no sexual, pero psíquicamente emparentada con ella, se le llama la facultad para la sublimación (p.168).

Por otra parte, la música es una exteriorización que también moviliza a Miguel; concretamente lo concerniente a la percusión es algo que le gusta y quiere aprender para incursionar. El punto es que el liceo, centro que uno pensaría como ideal para la implementación de actividades surgidas de la vocación, no propone nada concerniente a lo musical que trascienda del ligero adiestrar teórico, de resultado estéril en lo pasional. En efecto, Mannoni (1998) decía que antes que nada todo niño o adolescente necesita estar en un sitio que le consienta acceder a la fantasía y la creación. Lamentablemente en el caso de Miguel eso no sucedía, al quedar en evidencia la obturación que encontraba su transitar pulsional, cuando éste pretende trasladarlo a la música.

Al respecto, es válido tomar lo señalado por Auge de que las instituciones continúan promoviendo ese antiguo ritual (1992), muchas veces incomprensible para la dinámica de estos tiempos; produciéndose los no lugares de los cuales el sujeto será incapaz de arraigar un mínimo sello de identidad. Por ende, el reto es pensar en los adolescentes y en particular en aquellos que el sistema aparta sin un mínimo de piedad. La clausura de caminos institucionales a su vez bloquean no solo el preponderante desarrollo artístico fundado en los cimientos de la educación y el trabajo, sino también la anulación de destinos pulsionales que mediante la institución como fin sublimador, permita la placentera realización pulsional con su equivalente construcción personal.

Miguel además de ser señalado por su cuestionada conducta, también arrastraba con una suma nada ponderable de materias con notas insuficientes. Al respecto, consideremos lo expresado por Mannoni respecto al descenso a nivel escolar a manera de un grito de ayuda

desesperado del adolescente (1987). Cabe señalar que la historia familiar de Miguel se cargaba de hechos violentos, graficado en uno de sus tíos, quien cumplía condena por faltas delictivas emparentadas con la violencia. Al respecto, Chemama (2007) señala:

No estoy lejos de pensar que aquello en la actualidad, encontraría de entrada un asentimiento, es la idea de que cada uno, en su vida, no hace otras cosa más que repetir la idea de que siempre se cae en los mismos caminos trillados (p.19).

Mientras tanto en más de una ocasión, mi observación corría el riesgo de ceder a la conmoción creada por tanta debilidad acaecida en un chico que seguramente no habría elegido el papel que le tocó interpretar “frente al hiper poder del destino” (Freud, 1930, p.73). Lo cierto es que sin querer ser frío ni poco flexible, el cuidado de los límites se torna pertinente para el cuidado de esta particular relación: “Podríamos considerar que la regla de abstinencia constituye una pieza fundamental para otorgarle a esta forma de encuentro que se da en el análisis, ciertas peculiaridades que hacen una diferencia importante con cualquier otro tipo de relación”. (Schkolnik, 1999, p.6).

En cambio, Silvina a diferencia de Miguel maneja un perfil más introvertido dentro del recinto educativo. Su coyuntura alterada por la privación de libertad de su mamá, la lleva a querer aislarse de cualquier complicidad que le implique tener que dar explicaciones de algo que le avergüenza. No obstante, su rendimiento escolar indica un responsable compromiso con la actividad liceal, llamando la atención que ante una situación de corte tan dramático, ella logre además de un nivel de aprobación en todas sus materias, una calificación propia de un sujeto con alto nivel de comprensión y una panorámica familiar sin factores estresantes.

Al mismo tiempo, Silvina convive con la no elegida soledad que la condena a la privación de un mayor que la guíe en su andar; exponiéndose al riesgo de la falta de contención de un sostén institucional determinante: la familia. En esa dirección Silvia Bleichmar (2011) nos habla de la importancia de la relación con el otro, y la necesidad de ese otro presentado como el lugar de la supervivencia, sosteniendo que es imposible vivir por ensayo y error. “Cualquiera que intente aprender a vivir de esa forma se muere al primer error...Esta cuestión plantea, entonces que la única manera de autoconservación está dada por la antecedencia del conocimiento del otro sobre la preservación de la vida” (Bleichmar, 2011, p.42).

Por su parte, Robert Castel (2009) al preguntarse respecto a la significación de estar protegido, se refiere a la interdependencia de los sujetos por las relaciones sociales. De modo que en el caso de Silvina, la desprotección es patente ante el desmembramiento de su tejido familiar, eslabón primordial de la estructura social. “En el sentido fuerte de la

palabra, la protección social representa una condición sine qua non para ‘hacer sociedad’ con los semejantes” (Castel, 2009, p.190).

A saber, la educación formal como servicio público debería estar sostenida y regulada por quienes dicen trabajar en favor de la igualdad de oportunidades. Es apreciable como en el caso de Silvina, la actividad del liceo le posibilita abrir una y varias ventanas a otros mundos, enseñándole que la escenografía de vida que le tocó en suerte, tiene alternativas y puede mejorar.

En ese sentido la interdependencia social (Castel) ofrecería a la potencia pulsional diferentes recorridos en donde la sublimación sea una oportunidad concreta y real. Por consiguiente aparece en escena la solidaridad orgánica de Durkheim (1993), promotora de los lazos de reciprocidad y enérgica contrincante de la desintegración social. Mientras tanto, colaborar con la invención de algo que no está para que pueda pasar a serlo, resulta la posibilidad de diagramar una salida óptima para tantos adolescentes “que no pueden encontrar un lugar reconocido en este tipo de organización social” (Castel, 2009, p.249).

En consecuencia, la labor de un servidor del ámbito de la salud mental, debe y tiene que ir en ese sentido reforzador de expectativas que las miradas separatistas y simplistas proyectan aminorar. La buena actitud de los distintos profesionales que abordan esta temática crucial, es imprescindible para un mejoramiento de situación efectivo. Igualmente, en lo que refiere a la función del trabajador psi, resulta primordial tener una disposición que sume para un proceso en el que los adolescentes se juegan mucho más que un renacimiento pulsional según lo interpreta Ulloa (1995):

La inserción del psicoanálisis en el campo de la cultura cotidiana revitaliza y abre nuevas perspectivas, por cierto en arduo proceso, no fácil de sostener, entre otras razones porque el psicoanálisis debe renunciar a cierta pretensión hegemónica acerca de su saber (p.8).

Del mismo modo tal como lo expresa Bleger (1966):

El psicólogo no es el profesional de la alienación ni de la explotación, ni del sometimiento o coerción ni de la deshumanización. El ser humano, su salud, su integración y plenitud constituyen el objetivo de su quehacer profesional, a los que no debe renunciar en ningún caso. Su función tampoco debe ser confundida con la educacional, en el sentido corriente que tiene este último término (p.62).

Como se ha dicho, la pertinencia que tienen las instituciones y sus agentes, consiste en abrir oportunidades que esmerilen la viscosidad libidinal y así encauzar al embate pulsional. En la situación ideal, el sujeto no solo conseguirá basarse en la institución para desplazar mediante la sublimación la irrupción de la pulsión, además podrá identificar algo de sí en ese marco para construir su singularidad. En definitiva, evitar la desafiliación: “la desconexión

respecto de las regulaciones a través de las cuales la vida social se reproduce y se renueva” (Castel, 2009, p.229) es vital para el acoplamiento pulsional.

Conclusión

A priori el desafío de encarar la escritura respecto a la sublimación y la adolescencia, me provocaba ansiedades relacionadas con las dudas de si podía desarrollar un material que abarcara la temática convocante. Sin embargo apres coup las sensaciones pasan por otras vacilaciones.

Los conceptos trabajados me permitieron desplegar cierto fluir de líneas que de algún modo se aproximara al significado de estas ideas. De ese modo las dudas en cuanto al desarrollo quedaron a un lado para darle lugar a la incertidumbre del valor del material realizado.

El reto asumido presentó la oportunidad de elaborar un documento acompañado siempre de la ineludible complejidad que se presta a la articulación de estas labores. En ese sentido, rastrear, buscar y encontrar los autores que destapen la olla de la curiosidad fue fundamental para permitir la impostergable instancia del reflexionar que lleva a uno a la pregunta antes que a la solución. A todo esto se le sumó alguna rememoración de casos, con la intención de llevar a tierra parte de la teoría con su oportuna ejemplificación. “Por eso es tan importante articular los presupuestos teóricos-técnicos con nuestras observaciones clínicas en la práctica diaria” (Hamra, 2014, p.96).

De ahí que pensar en la adolescencia y sus vicisitudes, más que acercarme a una definición que encierre todos los rasgos constitutivos de ésta, me abocó a la comprensión de que existen tantas adolescencias como circunstancias. Por lo que entender que los factores que la componen como tal, pasan más bien por la diversidad y sus variables, que por los modelos etiológicos y la rigidez.

En cuanto a sublimación y pulsión, no sería original si dijera que el tratar de afrontarlas como nociones no resulta un fácil tramitar. No obstante, la tentativa de abordarlas me está sirviendo como detonador que proyecte el incrementar las ganas, hacia un superior analizar.

Simultáneamente y a medida que evolucionaba en este transitar, me fui dando cuenta de que esta instancia de finalización de una etapa, como lo es la realización del Trabajo Final de Grado, me halla en pleno navegar. Es que con todo lo compartido y generosamente proporcionado por la facultad, lejos estoy de llegar a la loma del conocimiento y la verdad, sino que el recorrido recién está por comenzar.

Referencias bibliográficas

Aberastury, A. (1966). La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico. Buenos Aires. Paidós.

Augé, M. (1992). Los no lugares. Espacios del anonimato, una antropología de la sobremodernidad. Barcelona. Gedisa Editorial.

Bauman, Z. (2000). La modernidad líquida. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.

Bell, D. (1977). Las contradicciones culturales del capitalismo. Madrid. Alianza Editorial.

Bleger, J. (1966). Psicohigiene y psicología institucional. Buenos Aires. Paidós.

Bleichmar, S. (2011). La construcción del sujeto ético. Buenos Aires. Paidós.

Bourdieu, P. (1995). Discurso pronunciado por Pierre Bourdieu ante trabajadores en huelga, reunidos en la Gare de Lyon en París, el 12 de diciembre de 1995. Recuperado de: <https://aquevedo.wordpress.com/2009/05/09/combater-la-tecnocracia-neoliberal-por-pierre-bourdieu/>

Castel, R. (2009). El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.

Castoriadis, C. (1975). La institución imaginaria. Buenos Aires. Ensayo Tusquets editores.

Chemama, R. (1995). Diccionario del psicoanálisis. Buenos Aires. Amorrortu.

Chemama, R. (2007). El goce. Contextos y paradojas. Buenos Aires. Nueva Visión.

Durkheim, E. (1913). Escritos selectos. Introducción y selección de Anthony Giddens. Buenos Aires. Nueva Visión.

Feinmann, J. (2015). Sobre los relatos. Buenos Aires. Página 12. Recuperado de: <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-270346-2015-04-12.html>

Filgueira, M. Gadea. (2008). Exclusión –Inclusión: II Coloquio emergencia social. Montevideo. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

- Follari, R. (2006). Revisando el concepto de posmodernidad. Zulia. Quórum Académico
- Freud, S. (1895). Proyecto de una psicología para neurólogos. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos sobre una teoría sexual. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1907). Acciones obsesivas y prácticas religiosas. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1908). La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1911). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1912). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1913). Tótem y tabú. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1915). La represión. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1918). El tabú de la virginidad. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1933). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1938). Esquema del psicoanálisis. Buenos Aires. Amorrortu.
- Frigerio, G. (1992). Las instituciones educativas. Cara y ceca. Elementos para su comprensión. Buenos Aires. Editorial Troquel.
- Frigerio, G. (2005). Educar: ese acto político. Buenos Aires. Del estante editorial.
- Geertz, C. (1973). La interpretación de las culturas. Barcelona. Gedisa editorial.

González, B. (2008). Breve análisis lingüístico de “la pulsión”: Der Trieb. Salamanca. Revista de Psicoanálisis, Psicoterapia y Salud Mental

Hamra, M. (2014). ¿Para qué recordar? Construcción de historia. Buenos Aires. Asociación Psicoanalítica Argentina.

Kaës, R. (1989). La institución y las instituciones. Buenos Aires. Paidós.

Kancyper, L. (2003). La confrontación generacional. Estudio psicoanalítico. Buenos Aires. Lumen.

Kancyper, L. (2007). Adolescencia el fin de la ingenuidad. Recuperado de: <http://revista.psico.edu.uy/index.php/querencia/article/view/158/89>

Klein, F. (2013). Montevideo en el tiempo. Montevideo. Ediciones B.

Kluckhohn, C. (1944). Mirror for man: The relation of antropology to modern life. NYC. Whittlesey House Inc.

Lacan, J. (1955). Seminario II. Buenos Aires. Paidós.

Laplanche, J. Pontalis, J. (1967). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires. Paidós.

Leclaire, S. (1975). Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte. Buenos Aires. Amorrortu.

Lewkowicz, I. (2004). Pedagogía del aburrido: escuelas destituidas, familias perplejas. Buenos Aires. Paidós.

Lipovetsky, G. (1986). La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Barcelona. Anagrama.

Lipovetsky, G. (1994). El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Barcelona. Anagrama.

Lyotard, J. (1987). La condición postmoderna. Madrid. Cátedra.

Mannoni, M. (1985). Un saber que no se sabe. La experiencia analítica. Barcelona. Gedisa Editorial.

Mannoni, M. (1987). El niño, su enfermedad y los otros. Buenos Aires. Nueva Visión.

Schkolnik, F. (1999). ¿Neutralidad o abstinencia? Revista uruguaya de psicoanálisis. Montevideo. Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Strachey, J. (1955). Nota introductoria de Pulsiones y destinos de pulsión. Buenos Aires. Amorrortu.

Tamés, E. (2007). Entrevista a Gilles Lipovetsky. En-claves del pensamiento. México DF. Instituto tecnológico y de estudios superiores de Monterrey Campus.

Ulloa, F. (1995). Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica. Buenos Aires. Paidós.

Viñar, M. (2009). Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio. Montevideo. Trilce.